

# GONZALO Y LA VOZ DEL CORAZÓN



SALVADOR RANGEL ABUD

# **GONZALO Y LA VOZ DEL CORAZÓN**

**Salvador Rangel Abud**

---

## **SINOPSIS**

Los dieciséis cuadernos aparecen al fondo de una caja, envueltos en una funda de tela azul marino, numerados a mano, con fechas en la portada que abarcan desde los dieciséis hasta los treinta y cuatro años de Gonzalo Huesca Tamariz. Nadie en esa casa sabía que existían.

*Gonzalo y la voz del corazón* es la historia de un hombre con parálisis cerebral infantil que pasó diecinueve años escribiendo en secreto todo lo que no pudo decir en voz alta: lo que pensaba, lo que observaba, lo que sentía por Clara, lo que sabía de su madre y no encontraba la manera de decirle sin que lo tomara como reproche. La historia la narra Adán Huesca, primo de Gonzalo y psicólogo especializado en dinámicas familiares alrededor de la discapacidad, quien encuentra los cuadernos catorce meses después de la muerte de su primo y empieza a leerlos sin saber que ese acto lo va a desplazar lentamente de su posición de experto hacia la de alguien que tiene que aprender de nuevo a mirar.

Gonzalo no era un paciente que pensaba. Era un pensador que vivía en un cuerpo específico. No se compadecía de sí mismo y no toleraba que otros lo hicieran. Se aburría los martes, se irritaba con el volumen del televisor, reflexionaba sobre Wittgenstein, se enamoraba en silencio, escribía ensayos que nadie publicó y fue a ver a su madre todos los domingos durante dieciséis años. Lo que estuvo incompleto no fue su vida. Fue la forma en que fue visto.

Esta novela no es una historia sobre la discapacidad. Es una historia sobre la distancia que existe entre quien vive una vida y quien cree conocerla desde afuera.

---

## **ADVERTENCIA DE CONTENIDO**

Esta novela contiene amor que no sabe cómo esperar, un psicólogo que descubre que conocer el mapa no es lo mismo que haber caminado el terreno, una madre que amó con toda el alma y no siempre supo cómo, y un hombre que escribió durante diecinueve años para nadie y para todos. No hay villanos. Hay personas completas haciendo lo que pueden con lo que tienen, y a veces eso no alcanza, y eso también es una historia que merece contarse.

---

## **SOBRE EL AUTOR**

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado.

---

## DETALLES DE PUBLICACIÓN

**Título:** Gonzalo y la voz del corazón

**Autor:** Salvador Rangel Abud

**Género:** Novela literaria / Ficción íntima / Narrativa de neurodiversidad

**Extensión:** ~32,000 palabras aproximadamente

**Estructura:** Prólogo + 20 capítulos + Epílogo

**Ambientación:** Xalapa, Veracruz y Ciudad de México

**Idioma:** Español

**Año de publicación:** 2026

**Plataforma:** Internet Archive — Acceso abierto

**Contacto:** wrangel.1352@gmail.com

---

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta: ¿qué piensa alguien a quien el mundo no espera? No en el sentido dramático de la exclusión social, sino en el sentido más cotidiano y más difícil: ¿qué ocurre en el interior de una persona cuyo canal de comunicación no responde a la velocidad que el mundo considera razonable, y que por tanto es interpretada antes de terminar de hablar? Gonzalo existe para responder esa pregunta desde adentro, con toda la ironía, la inteligencia y la paciencia que esa posición requiere. Y Adán existe para demostrar que incluso quien cree saber puede aprender, si encuentra el momento de callarse y esperar.

---

## LICENCIA

Esta obra se publica bajo la licencia Creative Commons:

**Salvador Rangel Abud © Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)**

Usted es libre de compartir y distribuir esta obra en cualquier medio o formato, siempre que se otorgue crédito apropiado al autor, no se utilice con fines comerciales y no se generen obras derivadas sin autorización expresa. Más información: [creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0)

---

## PALABRAS CLAVE

parálisis cerebral infantil · PCI · comunicación · discapacidad · neurodiversidad · diario íntimo · duelo · amor no correspondido · psicología · familia · Xalapa · México · novela en español · identidad · mirada · espera · silencio

---

## TEMAS PRINCIPALES

La novela no trata sobre la discapacidad como condición médica sino sobre la percepción como acto moral: cómo miramos a los otros, qué decidimos encontrar en ellos antes de que hablen, y qué perdemos cuando esa decisión se toma demasiado rápido. A lo largo de sus veinte capítulos, *Gonzalo y la voz del corazón* explora la diferencia entre ver y mirar en el sentido filosófico que el propio Gonzalo desarrolla en sus ensayos, el amor que limita cuando no está acompañado de paciencia, la escritura como el único canal que nunca distorsiona el mensaje, y la posibilidad de entender a alguien después de que ya no está para corregir la interpretación.

---

## CITAS DESTACADAS

"El amor sin paciencia no es crueldad. Es algo peor: es generosidad mal calibrada."

"No es que Clara me rechace. Es que Clara no me ve donde estoy parado."

"Lo que estaba incompleto no era él. Era la forma en que fue visto."

"El silencio que necesito para procesar es interpretado por los demás como ausencia o torpeza. No es ninguna de las dos cosas. Es simplemente mi velocidad."

"Si vale la pena escribirlo, eventualmente alguien lo va a leer."

"Existí. Eso es lo principal."

---

## COMPARACIONES LITERARIAS

Los lectores familiarizados con las siguientes obras encontrarán en *Gonzalo y la voz del corazón* un territorio narrativo cercano, con el anclaje mexicano y filosófico que le es propio.

Almudena Grandes (*Las edades de Lulú*, *Los episodios de una guerra interminable*): la construcción íntima de personajes desde adentro, la cotidianeidad como territorio moral, la capacidad de sostener una vida compleja sin simplificarla.

Javier Marías (*Corazón tan blanco*, *Tu rostro mañana*): la narración en primera persona que se cuestiona a sí misma, la reflexión sobre lo que se sabe y lo que se cree saber, la muerte como interlocutora silenciosa.

Mark Haddon (*El curioso incidente del perro a medianoche*): la mirada interior de alguien cuya forma de procesar el mundo no es la estándar, narrada sin condescendencia y sin tragedia innecesaria.

---

## PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

Gonzalo describe la diferencia entre ser visto y ser mirado como la diferencia entre un acto pasivo y una decisión. ¿Cuántas veces en su vida ha visto a alguien sin realmente mirarlo? ¿Qué lo llevaría a cambiar eso?

Adán es psicólogo especializado en dinámicas familiares alrededor de la discapacidad, y sin embargo los cuadernos de Gonzalo lo sorprenden. ¿Qué dice eso sobre la diferencia entre el conocimiento técnico y el conocimiento experiencial?

Gabriela amó a Gonzalo con sinceridad y de todas formas ese amor tuvo consecuencias que no midió. ¿Cómo se distingue el amor que acompaña del amor que limita? ¿Es siempre posible saberlo desde adentro?

Clara no fue cruel. Fue incapaz de ver a Gonzalo donde él estaba parado. ¿Es la ignorancia afectiva un tipo de daño? ¿Cambia algo el hecho de que fuera involuntaria?

La novela termina con Adán escribiendo en su cuaderno: "Aprender a ver requiere aprender a esperar." ¿Qué significa eso en la práctica, en el trato cotidiano con las personas que nos rodean?

---

## **CÓMO CITAR ESTA OBRA**

**APA:** Rangel Abud, S. (2026). *Gonzalo y la voz del corazón*. Internet Archive. <https://archive.org>

**MLA:** Rangel Abud, Salvador. *Gonzalo y la voz del corazón*. Internet Archive, 2026.

**Chicago:** Rangel Abud, Salvador. *Gonzalo y la voz del corazón*. Internet Archive, 2026.

---

## **OTRAS OBRAS**

Salvador Rangel Abud es autor de más de cien novelas publicadas. Su obra abarca el thriller científico, la novela histórica, la ficción especulativa, la novela didáctica, la sátira política, el drama psicológico, la narrativa genealógica y —como demuestra esta entrega— la ficción íntima de registro filosófico. Todas sus obras de acceso abierto se encuentran disponibles en Internet Archive bajo licencia CC BY-NC-ND 4.0. Para solicitudes de reseña, colaboración editorial o derechos de traducción, contactar directamente al autor por correo electrónico.

---

## **MENSAJE FINAL**

Gonzalo Huesca Tamariz llevó un diario durante diecinueve años. Escribió con una letra que le costaba, sobre cosas que importaban y sobre cosas que no, sobre Wittgenstein y sobre el volumen del televisor y sobre una mujer que lo miraba con ternura que él no necesitaba. Nadie lo sabía. Nadie lo leyó en vida.

Hay muchas personas así. Personas cuya claridad interior no encuentra los canales para llegar afuera sin distorsionarse, y que por eso son leídas mal, clasificadas rápido, reducidas a lo que resulta más fácil de ver. Esta novela

existe para recordar que detrás de cada canal difícil hay un contenido que vale la pena esperar.

Basta con esperar.

## **GONZALO Y LA VOZ DEL CORAZON**

**Por Salvador Rangel Abud**

### **ÍNDICE**

#### **Prólogo**

|                     |                                     |
|---------------------|-------------------------------------|
| <b>Capítulo 1:</b>  | <b>Las cajas</b>                    |
| <b>Capítulo 2:</b>  | <b>La primera voz</b>               |
| <b>Capítulo 3:</b>  | <b>El tiempo del cuerpo</b>         |
| <b>Capítulo 4:</b>  | <b>Lo que los otros interpretan</b> |
| <b>Capítulo 5:</b>  | <b>Gabriela</b>                     |
| <b>Capítulo 6:</b>  | <b>Lo que no se dice en casa</b>    |
| <b>Capítulo 7:</b>  | <b>La universidad</b>               |
| <b>Capítulo 8:</b>  | <b>Los ensayos</b>                  |
| <b>Capítulo 9:</b>  | <b>La barrera y el otro lado</b>    |
| <b>Capítulo 10:</b> | <b>La primera aparición</b>         |

|                     |                                          |
|---------------------|------------------------------------------|
| <b>Capítulo 11:</b> | <b>Lo que Gonzalo sentía</b>             |
| <b>Capítulo 12:</b> | <b>La mirada que duele</b>               |
| <b>Capítulo 13:</b> | <b>Un martes cualquiera</b>              |
| <b>Capítulo 14:</b> | <b>Lo que Gonzalo hizo</b>               |
| <b>Capítulo 15:</b> | <b>La incomodidad de ser subestimado</b> |
| <b>Capítulo 16:</b> | <b>La última entrada</b>                 |
| <b>Capítulo 17:</b> | <b>El vacío</b>                          |
| <b>Capítulo 18:</b> | <b>La sesión del miércoles</b>           |
| <b>Capítulo 19:</b> | <b>Lo que Gabriela encuentra</b>         |
| <b>Capítulo 20:</b> | <b>Clara, eventualmente</b>              |
| <b>Epílogo</b>      |                                          |

## **PRÓLOGO**

*Consultorio de Adán Huesca, Ciudad de México. Miércoles por la tarde.*

Gabriela lleva cuarenta minutos hablando y yo llevo cuarenta minutos escuchándola con esa forma particular de escuchar que aprendí en la facultad y que con los años se me ha vuelto tan natural como respirar: atenta la superficie, activa la parte de atrás, donde se procesan los silencios y los rodeos y las palabras que se repiten sin que el hablante lo note.

Es una habilidad que me ha costado años afinar y que mis colegas más jóvenes envidian a veces cuando les cuento que puedo mantener una conversación clínica, registrar los patrones afectivos del paciente y pensar en lo que voy a cenar, todo al mismo tiempo, sin que ninguna de las tres actividades interfiera con las otras. No es disociación, les aclaro siempre. Es entrenamiento. Gabriela repite tres palabras: Gonzalo, no sé, y nunca. Las tres forman una oración que ella no termina de pronunciar pero que lleva meses construyendo en este sillón color arena frente a mi escritorio.

—Es que nunca supe cómo llegar a él del todo —dice, y acomoda las manos sobre la bolsa que tiene en el regazo como si buscara algo adentro sin querer encontrarlo—. Nunca. Desde chico. Tú lo conociste, Adán, tú sabes cómo era.

—Cuéntame cómo era —digo, aunque conozco la respuesta que va a dar.

—Difícil. No difícil de querer, eso no, lo quería con toda el alma, pero difícil de... de entender. De saber qué necesitaba. A veces yo le preguntaba algo y tardaba tanto en contestar que ya le había contestado yo misma, y luego

él me miraba de una manera... no enojado, no exactamente, pero sí como... como si yo hubiera dicho algo que no venía al caso.

Asiento. Tomo nota mental. En el expediente de Gabriela, que abro cada miércoles con puntualidad casi ritual, hay ya tres cuadernos llenos de ese tipo de observaciones: la culpa que no se nombra, el amor que se describe siempre en términos de esfuerzo, la figura de Gonzalo que aparece en cada sesión como un problema sin solución que ella sigue intentando resolver aunque él ya no esté para corregirla.

Cuando acepté a Gabriela como paciente, hace diez meses, hubo un momento breve en que consideré derivarla con una colega. La cercanía familiar complica la transferencia, contamina la escucha, impone ángulos ciegos que en otro tipo de proceso no existen.

Pero Gabriela me lo pidió con esa manera suya de pedir las cosas que no admite fácilmente un no, y yo soy su sobrino además de su terapeuta, y hay obligaciones que no se resuelven con argumentos técnicos. Así que aquí estamos, los miércoles a las cuatro, ella en el sillón arena y yo frente al escritorio, construyendo juntos el relato de un duelo que no termina de encontrar su forma.

Gonzalo Huesca Tamariz murió hace catorce meses. Tenía treinta y cinco años. Un cruce, un vehículo que no respetó el semáforo, una velocidad que no correspondía al momento ni al lugar. Yo estaba en la Ciudad de México cuando me llamaron. Recuerdo haber pensado, de manera absurda, en la última vez que lo había visto: una comida familiar en Xalapa, Navidad del año anterior, él en un extremo de la mesa con un libro abierto en el regazo que consultaba entre plato y plato sin que nadie pareciera notarlo o importarle demasiado.

—Él tampoco ayudaba —dice Gabriela, y en su voz hay algo que no es reproche sino su forma de reprochar, que es suavizar hasta que la queja parece una constatación—. No es que fuera cerrado, no, pero tampoco se abría fácil. Y con lo de hablar... tú sabes.

—Sí —digo.

Y sí sé, en el sentido en que sé las cosas de mi familia: con esa mezcla de cercanía y distancia que produce crecer junto a alguien sin haber elegido conocerlo del todo. Gonzalo tenía parálisis cerebral infantil desde el nacimiento, consecuencia de una hipoxia perinatal que los médicos diagnosticaron tarde y que dejó en él una huella particular: la marcha inestable, la motricidad fina comprometida, el habla difícil. No imposible, nunca imposible, pero difícil. Las palabras le costaban un esfuerzo visible que los desconocidos interpretaban de maneras que él, estoy seguro, registraba con precisión.

Lo que yo sabía de Gonzalo, en ese momento, sentado frente a su madre, era aproximadamente esto: que había estudiado Filosofía en la Universidad Veracruzana, que escribía ensayos que nadie publicaba, que vivía en la casa de Gabriela desde siempre porque la independencia económica había

sido una conversación permanentemente postergada, y que se llevaba bien con los libros y regular con las personas.

Lo quería. Claro que lo quería. Éramos primos, compartimos infancias en esa casa de Xalapa que huele a café y a tiempo detenido, y hay un afecto que no necesita alimentarse con frecuencia para mantenerse vivo. Pero no pensaba mucho en él. Eso es lo que tengo que decir con honestidad, aunque me cueste: no pensaba mucho en él.

—A veces me pregunto si sufrió —dice Gabriela, y esta es la frase que más repite, la que viene siempre al final de la sesión como si fuera la única pregunta que importa—. Si fue feliz, si sufrió, si yo hice bien o hice mal. Y no tengo manera de saberlo, ¿verdad? Ya no hay manera.

—Eso es lo más difícil del duelo —le digo, con la honestidad que permite la técnica—. Las preguntas que ya no tienen interlocutor.

Gabriela asiente, recoge la bolsa, se pone de pie con ese movimiento suyo de quien termina las cosas antes de que terminen. Nos damos un abrazo breve en la puerta, el abrazo de tía y sobrino que convive con el de paciente y terapeuta en una incomodidad que ambos hemos decidido ignorar porque la alternativa sería más complicada. Le digo que nos vemos el miércoles siguiente. Ella dice que sí, que claro.

Cierro la puerta y me quedo un momento parado en el centro del consultorio, mirando el sillón arena donde ella estuvo. Pienso en Gonzalo de la manera en que pienso en él: brevemente, con afecto, sin profundidad. Un chico raro que se convirtió en un hombre raro. Un primo con quien la conversación fue siempre trabajosa, no por falta de voluntad sino por esa distancia que producía el esfuerzo de comunicarse, que cansa a ambos lados aunque nadie lo admita. Recuerdo una tarde de verano, debemos haber tenido doce o trece años, en que intentamos jugar ajedrez en el jardín de la casa de Xalapa y yo perdí la paciencia esperando sus movimientos, no porque él dudara sino porque necesitaba tiempo para mover las piezas con la precisión que quería, y yo, con esa crueldad involuntaria de los niños que no han aprendido todavía a nombrar lo que ven, empecé a hablar de otra cosa para llenar el silencio. Gonzalo me miró. No dijo nada. Siguió jugando. Ganó, por cierto.

Me pregunto, sin insistir demasiado en la pregunta, si hice bien en aceptar a Gabriela como paciente, si la cercanía no contamina el proceso, si soy el terapeuta adecuado para este duelo particular. Es una pregunta que me hago cada miércoles y que cada miércoles archivó sin responder, que es otra forma de responderla.

Me siento frente al escritorio y anoto tres líneas en el expediente. Guardo la pluma. Empiezo a pensar en la cena.

El teléfono suena a las nueve y cuarto de la noche. Es Gabriela.

—Adán, perdona que llame tan tarde.

—No hay problema, tía. ¿Qué pasó?

—Es que estaba ordenando unas cosas del cuarto de Gonzalo. Cosas que no había podido revisar todavía. —Una pausa. Oigo que traga saliva—. Encontré unos cuadernos. Muchos cuadernos. Numerados, con fechas, como un diario. No sé desde cuándo los tenía, nunca los vi, nunca me dijo nada.

Espero.

—¿Quieres venir a verlos? —dice—. No sé qué hacer con ellos. No sé si leerlos. No sé si tengo derecho.

Hay algo en su voz que no es la voz de los miércoles. Es más pequeña. Más honesta, quizás, o más asustada, que en este caso puede ser lo mismo.

—El sábado puedo ir a Xalapa —le digo.

—Gracias.

Cuelgo. Me quedo con el teléfono en la mano un momento, mirando sin ver la pared frente a mí. Pienso en Gonzalo llevando un diario durante años sin que nadie lo supiera. Pienso en los cuadernos numerados con fechas. Pienso en Gabriela con esas cajas abiertas en el cuarto de su hijo, sola, sin saber si tiene derecho.

Dejo el teléfono sobre el escritorio y voy a la cocina a calentar la cena que dejé a medias. No siento nada en particular, o eso creo. Solo esa especie de curiosidad profesional, ligeramente afectiva, que uno siente cuando un caso anuncia que va a volverse más complejo de lo que parecía.

No sé todavía que esos cuadernos van a deshacer, página a página, casi todo lo que creía saber.

## **CAPÍTULO 1**

### **Las cajas**

*Casa de Gabriela, Xalapa, Veracruz. Sábado por la mañana.*

La casa de Gabriela huele igual que siempre. Es lo primero que noto cuando ella abre la puerta: ese olor particular que tienen ciertas casas de provincia, mezcla de café de olla y madera vieja y algo más que no he podido nombrar en cuarenta y dos años de conocerla, algo que tiene que ver con el tiempo depositado en las superficies, con décadas de rutinas acumuladas en las paredes. Mi tía me abraza en el umbral con esa energía suya que no ha disminuido con los años ni con el duelo, y me hace pasar con el gesto de quien recibe a alguien que debió haber llegado antes.

—Ya desayunaste —dice, y en su boca no es pregunta sino acusación suave.

—En la carretera.

—Eso no cuenta. Siéntate.

Me siento a la mesa de la cocina mientras ella destapa una olla y sirve sin preguntarme si quiero, que es su manera de preguntar. El café llega solo, en una taza de barro que reconozco desde la infancia. Durante diez minutos

hablamos de lo que se habla cuando no se quiere hablar todavía de lo que se vino a hablar.

—¿Cómo estuvo el tráfico? —dice ella.

—Regular. Salí temprano para evitarlo y de todas formas me agarró en Puebla.

—Siempre en Puebla. No falla. —Revuelve el café aunque no le puso azúcar

—. ¿Y cómo está tu consultorio? ¿Sigues con muchos pacientes?

—Los suficientes.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien, tía.

—No me digas bien así, como si fuera una respuesta. ¿Estás bien o estás bien?

La miro. Ella me mira. Hay en Gabriela una capacidad para atravesar la cortesía con una sola pregunta que siempre me ha parecido admirable y ligeramente intimidante, considerando que soy yo el psicólogo en esta familia.

—Estoy bien de verdad —le digo—. Un poco cansado. Mucho trabajo.

—¿Y comes bien? Porque tienes cara de no comer bien.

—Como bien, tía.

—Hmmm. —Lo dice de una manera que significa exactamente lo contrario de que me cree.

Ella asiente, no del todo convencida, y mira de reojo el pasillo que lleva al cuarto de Gonzalo. Lo hago yo también. La puerta está cerrada.

—Las cajas están allá adentro —dice—. No las moví desde que te llamé. No supe si debía.

—Hiciste bien.

—No sé si hice bien. —Deja la cuchara sobre la mesa—. Llevo meses sin poder entrar a ese cuarto más de cinco minutos seguidos. Me quedo parada en la puerta y ya. Y luego el otro día me entró una especie de necesidad, no sé cómo llamarle, de moverme, de hacer algo con sus cosas. Me puse a ordenar el clóset y luego el escritorio y luego me metí al armario y ahí estaban, en el fondo, detrás de sus chamarras. Cuatro cajas de cartón, cerradas con cinta.

—¿Las abriste?

—La primera nada más. Vi los cuadernos arriba de todo y la cerré otra vez.

—Baja la vista—. Se me hizo que no era cosa mía abrirlas. Pero tampoco sé si es cosa tuya, Adán. No sé de quién es.

—De Gonzalo era.

—Gonzalo ya no está para decir si quería que alguien los leyera.

Hay un silencio. Afuera, en el jardín, un pájaro insiste en algo.

—Por eso te llamé a ti —dice ella al fin—. Porque no supe a quién más llamar que pudiera decirme qué hacer.

—No te voy a decir qué hacer, tía.

—Ya sé. Pero quería que estuvieras aquí de todas formas.

Termino el café, dejo la taza, me pongo de pie. Ella no se levanta, que es su manera de decirme que prefiere no acompañarme, y yo lo entiendo y no insisto.

—Si necesitas algo me dices —le digo desde el pasillo.

—Hay más café —responde, y luego, más bajo, casi para ella—: Y gracias por venir, Adán. En serio.

El cuarto de Gonzalo es una habitación mediana con una ventana que da al jardín, las paredes cubiertas de libreros que él mismo fue llenando a lo largo de los años con una mezcla aparentemente caótica que, estoy seguro, tenía su propia lógica interna. La cama está tendida con una precisión que debe ser obra de Gabriela. El escritorio tiene todavía la computadora y un teclado externo grande —las teclas más separadas le facilitaban el trabajo— y una lámpara de cuello flexible orientada hacia la pantalla. Sobre el escritorio hay tres diccionarios apilados y un vaso con lápices que nadie ha movido.

Me quedo parado un momento en el centro del cuarto. Hay algo en los cuartos de los muertos que no tiene equivalente en ningún otro espacio: esa sensación de que el tiempo se detuvo de manera arbitraria, que las cosas esperan a alguien que no va a volver a buscarlas. He acompañado a familias a atravesar ese umbral en mi trabajo, y siempre lo he observado con la distancia de quien lo estudia. Ahora estoy adentro del fenómeno y compruebo que la distancia no funciona igual cuando el muerto tiene tu apellido.

Las cajas están al fondo del armario. Las saco de una en una y las acomodo en el suelo junto a la cama. Son cajas de supermercado reforzadas con cinta canela, sin etiqueta, sin ninguna indicación exterior de su contenido. Abro la primera.

Libros. Varios con marcadores de papel en distintas páginas, algunos con anotaciones en los márgenes con una letra apretada e irregular que reconozco como la de Gonzalo. Saco tres o cuatro y los hojeo sin detenerme: Merleau-Ponty, Wittgenstein, un tomo de Canguilhem que tiene casi tantas marcas como páginas en blanco. Los devuelvo con cuidado.

La segunda caja tiene carpetas. Las abro una por una: apuntes universitarios organizados por materia y año, algunos trabajos finales con calificaciones escritas a mano por los profesores, un par de cartas de respuesta de revistas académicas con el membrete impreso y el tono cortés de quien dice no sin querer decirlo con esa palabra. Los ensayos rechazados están sueltos, impresos en hojas que Gonzalo dobló en tres y

guardó dentro de sobres que nunca se enviaron, o que se enviaron y volvieron.

La tercera caja tiene fotografías. Las miro rápido: Gonzalo de niño en este mismo jardín, Gonzalo en un pasillo universitario, Gonzalo con Gabriela en una fecha que no puedo precisar, ambos mirando a la cámara con expresiones distintas, ella sonriendo con esa amplitud suya y él con algo más contenido, más evaluador, como si la cámara fuera un interlocutor al que todavía no ha decidido si confiarle algo. Hay una foto que me toma por sorpresa: Gonzalo y yo, debemos tener ocho o nueve años, en el jardín de la casa de mis padres en la Ciudad de México. No recuerdo ese día. Me pregunto quién la tomó.

Debajo de las fotografías, envueltos en una funda de tela azul marino doblada con cuidado, están los cuadernos.

Los cuento antes de tocarlos: dieciséis. Pastas duras de distintos colores, cada uno con una etiqueta en la portada escrita con la letra de Gonzalo. La etiqueta del primero dice: Cuaderno 1. Marzo 1999 — Agosto 2000. Gonzalo tenía dieciséis años en marzo de 1999. La etiqueta del último dice: Cuaderno 16. Enero 2023 — Octubre 2023. Murió en noviembre de ese año.

Los sostengo un momento sin abrir ninguno. Dieciséis cuadernos. Diecinueve años de escritura sostenida, desde los dieciséis hasta los treinta y cuatro, sin que nadie en esta casa supiera que existían. Pienso en Gonzalo sentado en este cuarto, en esta cama o en este escritorio, escribiendo con esa letra suya que el esfuerzo hacía lenta e irregular, llenando cuaderno tras cuaderno durante casi dos décadas. Pienso en el acto de guardarlos, de numerarlos, de envolverlos en esa funda de tela como quien preserva algo que tiene valor aunque nadie más lo sepa todavía. Hay en ese gesto una forma de fe que no esperaba encontrar aquí.

Abro el primero.

La letra es la de Gonzalo adolescente: más grande que la de adulto, menos controlada, con algunas palabras tachadas y reescritas encima. El esfuerzo del trazo es visible incluso para quien no sabe leer una escritura con dificultad motriz: hay presión irregular, algunas letras que empiezan bien y terminan torcidas, renglones que suben o bajan levemente de la línea. Y sin embargo la escritura es legible, completamente legible, con una fluidez que debió costarle construir durante meses o años de práctica sostenida.

Leo la primera página.

Leo la segunda.

Me detengo. Las releo.

En algún momento me doy cuenta de que estoy sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la cama y el cuaderno abierto sobre las rodillas. Afuera, en la cocina, Gabriela pone música en el radio, una estación que transmite boleros a esta hora del sábado. La luz que entra por la ventana ha cambiado de color.

Es tarde. No sé cuánto, pero es tarde.

No he abierto la cuarta caja. No esta noche, con esta luz que ya casi no alcanza y el radio de Gabriela todavía murmurando boleros al fondo de la casa.

## **CAPÍTULO 2**

### **La primera voz**

*Cuarto de Gonzalo, Xalapa. Esa misma noche.*

Gabriela tocó la puerta a las ocho.

—Adán. Hice de cenar.

—Ahorita voy.

—Lo dejo tapado en la estufa. No tardes.

Sus pasos se alejaron hacia el fondo de la casa y luego hubo silencio, y en el silencio seguí leyendo. Cuando fui a la cocina era casi medianoche. El plato estaba frío y yo no lo noté hasta la mitad.

Tengo el cuaderno número uno abierto sobre las rodillas. He leído ya cuarenta páginas, que en la letra de Gonzalo equivalen a menos de lo que parecen: su escritura ocupa el espacio con generosidad involuntaria, las letras grandes donde el control falla y más apretadas donde lo recupera, los renglones con esa ondulación suave que produce quien escribe con esfuerzo sostenido. Las tachaduras no son muchas. Gonzalo no dudaba en el papel. Lo que llegaba a la hoja llegaba ya procesado, como si el verdadero trabajo ocurriera antes, en algún lugar interior al que la escritura solo era el acceso visible. He contado las páginas que quedan: ciento cuatro. Solo en este cuaderno. Hay quince más.

No sé bien cómo describir lo que siento leyendo esto. Llevo veinte años trabajando con familias que tienen un integrante con alguna condición que afecta la comunicación. He escuchado cientos de relatos, de los pacientes cuando pueden relatarlos y de los familiares cuando no. He escrito sobre eso. Di talleres sobre eso. Tengo un capítulo en un libro colectivo que habla, con cierta autoridad que ahora me parece prestada, sobre la experiencia subjetiva de quien vive con una barrera comunicativa en un mundo diseñado para la velocidad y la fluidez.

Creo que lo entendía de la manera en que se entienden las cosas que no te han pasado y que has estudiado lo suficiente para creer que sí.

La primera entrada que me detuvo es de un martes de abril de 1999. Gonzalo tiene dieciséis años.

---

Hoy fue martes. No pasó nada de particular importancia, que es la condición natural del martes: existir sin justificarse. Me pregunto si el martes tiene conciencia de su propia mediocridad o si simplemente la

habita con la indiferencia de quien nació en ella. Yo creo que el martes es el día más honesto de la semana porque no pretende ser otra cosa. El lunes finge que todo puede empezar de nuevo. El viernes promete algo que rara vez cumple. El martes solo es.

En la preparatoria el profesor Garduño explicó durante cincuenta minutos algo que se podía decir en cinco. Yo lo escuché desde el fondo del salón, que es donde me siento porque desde ahí veo mejor el pizarrón y también porque desde ahí nadie me llama a participar con tanta frecuencia, lo cual es un alivio aunque no debería serlo.

Cuando terminó la clase, Garduño me preguntó si había entendido. Le dije que sí. Me preguntó qué había entendido. Le expliqué. Tardé en explicarlo, como siempre. Él esperó, o casi esperó, porque a mitad de una de mis oraciones completó lo que yo iba a decir, y lo que él dijo no era exactamente lo que yo iba a decir pero era suficientemente parecido para que corregirlo pareciera una discusión.

—Exacto —dijo él.

—Casi —dije yo, pero ya estaba guardando sus papeles.

El silencio que necesito para procesar y para hablar es interpretado por los demás como ausencia o torpeza. No es ninguna de las dos cosas. Es simplemente mi velocidad, que no es la velocidad del mundo, lo cual no hace al mundo más rápido ni a mí más lento: solo nos hace distintos. Eso lo entiendo. Lo que todavía no entiendo es por qué esa distinción le resulta tan incómoda a todo el mundo menos a mí.

---

Cierro el cuaderno un momento y me quedo mirando la ventana oscura.

Ese Garduño seguramente creyó que estaba ayudando. Seguramente creyó que completar la frase era un gesto de eficiencia, quizás incluso de amabilidad, de no hacer esperar al grupo. No había malicia. Nunca hay malicia. Eso es exactamente lo que Gonzalo escribe, y exactamente lo que veo en mis pacientes, y exactamente lo que nunca había pensado con tanta claridad hasta leerlo en esta letra torcida e inequívoca. He dado conferencias sobre ese mecanismo, el de la sobrecompensación bienintencionada que termina por reducir al otro. Lo he explicado con diapositivas. Lo he discutido en coloquios. Y esta noche, leyendo a un adolescente de dieciséis años que escribe en un cuaderno verde que nadie iba a leer, entiendo que lo explicaba bien pero no lo había entendido del todo.

Sigo.

---

Tres páginas después, una tarde de mayo. Gonzalo fue a comprar un cuaderno a una papelería del centro de Xalapa.

Había mucha gente. Tuve que pedir en voz alta el cuaderno que quería y la señora que atiende no me entendió a la primera.

—¿Cómo? —dijo.

Se lo repetí.

—¿Un cuaderno?

—Sí. De pasta dura. Verde si tiene.

—Espérese.

Fue a buscarlo. Tardó. Cuando volvió lo puso sobre el mostrador sin mirarme raro, sin la cara que pone la gente cuando no me entiende y que yo he aprendido a leer antes de que ellos sepan que la están poniendo. Me cobró, me dio el cambio, me dijo buenas tardes.

—Buenas tardes —le dije.

Eso es todo lo que necesita ser una interacción comercial y sin embargo es más de lo que suele ocurrir. Hay personas que cuando no me entienden a la primera actúan como si el problema fuera mío exclusivamente, como si yo les estuviera imponiendo un trabajo extra por el simple hecho de existir con esta voz y estas manos. La señora de la papelería no hizo nada de eso. Solo esperó, buscó, cobró, dijo buenas tardes. No sé su nombre. Si lo supiera lo escribiría aquí, porque hay actos pequeños que merecen quedar registrados aunque nadie más que yo lo sepa.

---

Me levanto a calentar el café que quedó de la mañana y vuelvo al cuarto con la taza. Afuera los grillos, ese sonido continuo de Xalapa en las noches de primavera que yo asocio desde la infancia con la sensación de estar en un lugar donde el tiempo funciona a otra velocidad.

La última entrada que leo esta noche es de junio del mismo año. Gonzalo acaba de recibir calificaciones.

---

Saqué nueve en Matemáticas, que es injusto porque me merecía diez, pero el profesor Sandoval tiene la teoría de que nadie merece diez porque el diez implica perfección y la perfección no existe. Le agradezco la filosofía pero preferiría el punto.

Mi mamá celebró con una cena especial. Hizo pozole, que es lo que hace cuando está contenta de verdad.

—Estoy muy orgullosa de ti —me dijo, y me abrazó de esa manera suya que aprieta demasiado, como si quisiera asegurarse de que estoy ahí.

—Gracias —le dije.

—¿Lo ves? ¿Ves que puedes?

—Sí.

—Siempre lo supe. Desde chiquito lo supe.

Yo también estoy orgulloso, aunque por razones distintas a las suyas. Ella está orgullosa de que pude. Yo estoy orgulloso de lo que pensé, de los problemas que resolví, de las conexiones que encontré entre una materia y

otra. Ella celebra el resultado. Yo celebro el proceso. Las dos cosas son reales pero no son la misma cosa.

Quise decírselo. Busqué las palabras mientras ella servía el pozole y ponía la mesa con esa energía suya que no necesita pausas y que llena el espacio de una manera que a mí siempre me ha resultado a la vez cálida y ligeramente asfixiante. Cuando encontré las palabras ya estábamos hablando de otra cosa.

No sé si alguna vez voy a poder explicárselo.

---

Dejo el cuaderno sobre la cama.

Gabriela está en este momento en algún cuarto de esta casa, quizás ya dormida, quizás no. Lleva meses sentada en mi consultorio los miércoles diciéndome que nunca supo cómo llegar a él del todo. Y Gonzalo llevó años escribiendo, en este mismo cuarto, que nunca supo cómo explicárselo sin que ella lo tomara como reproche.

Los dos dijeron lo mismo. Durante años, desde lados opuestos de la misma distancia, los dos dijeron exactamente lo mismo.

Y ninguno de los dos supo que el otro también lo decía. Y yo, que era el primo y el psicólogo y el supuesto experto en estas cosas, tampoco lo supe hasta esta noche, leyendo una letra trabajosa a la una de la madrugada en el suelo de un cuarto que huele a cedro y a tiempo detenido. Me pregunto cuántas conversaciones se tuvieron en esta casa sin que ninguno de los dos lograra escuchar lo que el otro realmente decía. Me pregunto si eso tiene remedio a esta altura, si los cuadernos que quedan por leer van a darle a Gabriela algo que se parezca a una respuesta o solo van a precisar mejor la pregunta.

No lo sé todavía. Abro el cuaderno dos.

## **CAPÍTULO 3**

### **El tiempo del cuerpo**

*Cuarto de Gonzalo, Xalapa. Domingo por la mañana.*

Dormí en la cama de Gonzalo. No fue una decisión deliberada: en algún momento de la madrugada el cuaderno se me cayó de las manos y cuando abrí los ojos había luz entrando por la ventana y Gabriela estaba tocando la puerta con los nudillos.

—Adán. El desayuno.

—Ya voy.

—Lo dijiste anoche también.

Me senté en la cama con la ropa del día anterior y el cuaderno dos en el regazo, que debí haber abierto en algún momento entre el sueño y la vigilia

sin recordarlo. Tenía una página marcada con el dedo. La leí antes de levantarme.

En el comedor, Gabriela sirvió café y huevos sin preguntar cómo los quería, que es su manera de decir que sabe cómo los quiero desde hace cuarenta años y que preguntarlo sería una pérdida de tiempo para los dos. Hay algo reconfortante en eso y algo ligeramente claustrofóbico, que supongo es la mezcla exacta que produce esta casa en cualquiera que la haya frecuentado desde la infancia.

—¿Dormiste algo? —dijo.

—Algo.

—Tienes cara de no haber dormido nada.

—Es mi cara normal, tía.

—No, tu cara normal es otra. Esta es la cara que pones cuando algo te está dando vueltas y no sabes todavía qué hacer con ello.

La miré. Ella untó mantequilla en un pan con la concentración de quien realiza una cirugía menor.

—¿Qué dicen los cuadernos? —dijo, sin levantar la vista.

—Muchas cosas.

—¿Cosas que yo debería leer?

Tardé en responder. Ella siguió con el pan, paciente de una manera que no es su modo habitual, lo cual me dijo que la pregunta le importaba más de lo que quería aparentar.

—Todavía no lo sé —le dije—. Déjame seguir leyendo.

Asintió. No insistió, que es una de las pocas formas de generosidad que Gabriela ejerce sin esfuerzo visible. Terminamos el desayuno hablando de otras cosas, o ella habló y yo escuché a medias, con la parte de atrás del pensamiento todavía en el cuaderno dos, en la página que había marcado con el dedo sin saberlo.

Volví al cuarto de Gonzalo con la taza de café. Me senté en el suelo otra vez, con la espalda en la cama, y abrí el cuaderno donde lo había dejado.

---

Esta entrada es de septiembre de 1999. Gonzalo tiene dieciséis años y acaba de empezar el tercer año de preparatoria.

Hoy en educación física el profesor Mendoza me dijo que podía sentarme si quería, que no tenía que hacer el circuito con los demás. Se lo dijo en voz baja, con buena intención, inclinándose un poco hacia mí como si me estuviera ofreciendo algo valioso.

—No se preocupe —le dije—. Puedo hacerlo.

—No tienes que demostrar nada, Gonzalo.

—No estoy demostrando nada. Solo quiero hacer el circuito.

Me miró un momento con esa expresión que conozco bien: una mezcla de admiración y lástima que la gente confunde con respeto. Luego dijo que estaba bien, que como quisiera, y se apartó.

Hice el circuito. Tardé el doble que los demás. Algunos me esperaron al final, que fue un gesto amable aunque innecesario. Otros siguieron con lo suyo, que fue más amable todavía porque era lo natural.

Lo que el profesor Mendoza no entiende, y que yo no sé cómo explicarle sin que suene a queja, es que sentarme cuando los demás hacen el circuito no me protege de nada. Me separa. Y yo ya estoy suficientemente separado por razones que no elegí, como para sumar separaciones voluntarias encima.

El cuerpo me cuesta. Eso es verdad y no tiene caso negarlo. Pero el cuerpo me cuesta de maneras específicas, no de todas las maneras. Puedo hacer el circuito. Lo hago más despacio y con más esfuerzo, pero lo hago. Y hacerlo, aunque nadie lo sepa, es una de las pocas victorias del día que son completamente mías.

---

Dejo el cuaderno sobre la rodilla y tomo un sorbo de café que ya está frío.

Recuerdo vagamente al profesor Mendoza. O recuerdo a alguien que podría haber sido el profesor Mendoza, un hombre alto con bigote que Gonzalo señaló una vez en una función escolar, aunque nunca me dijo nada sobre él. Nunca me dijo nada sobre casi nada de lo que escribí aquí. Y yo nunca pregunté, que es una omisión que esta mañana pesa de una manera que no había pesado antes.

Leo tres páginas más antes de llegar a la siguiente entrada que me detiene. Es de octubre del mismo año, un sábado por la tarde.

---

Fui con mi mamá al centro comercial. Ella necesitaba unas cosas y yo no tenía nada mejor que hacer, lo cual es una razón suficiente para la mayoría de los sábados.

En una tienda de ropa, el vendedor se dirigió a ella en lugar de a mí. Sucede seguido y ya no me irrita de la misma manera que antes, aunque tampoco ha dejado de notarse.

—¿En qué les puedo ayudar? —dijo, mirándola a ella.

—Mi hijo quiere ver unos pantalones —dijo ella.

Entonces el vendedor me miró, con esa fracción de segundo de ajuste que la gente hace cuando procesa que hay algo diferente en el interlocutor y recalibra su manera de hablar.

—¿Qué talla usas? —me dijo, despacio, un poco más alto de lo necesario.

—Treinta —dije, a velocidad normal.

—¿Treinta? —repitió, como confirmando.

—Treinta —confirmé.

Mi mamá añadió:

—Y que no sean muy entallados, que a él no le gustan muy entallados.

—Sí me gustan entallados —dije.

—Gonzalo, tú siempre dices que te aprietan.

—Eso era antes.

El vendedor nos miró a los dos con la expresión de quien ha caído en medio de una conversación que existía antes de que él llegara y que va a continuar después de que se vaya. Fue por los pantalones. Los encontré bien. Mi mamá dijo que eran demasiado oscuros. Compré unos que no eran exactamente los que quería pero que tampoco eran los que ella quería, que en esta familia es lo que generalmente se llama llegar a un acuerdo.

En el camino de vuelta ella dijo que el vendedor había sido muy amable.

—Sí —dije.

—Hay gente que no sabe cómo tratarte y se nota que él sí sabía.

No le dije que hablarme despacio y más alto no es saber tratarme. No le dije nada. Miré por la ventana del coche los puestos de la calle Enríquez y pensé que el sábado, a diferencia del martes, sí pretende ser otra cosa y casi nunca lo logra.

---

Sigo.

---

Dos semanas después, en el mismo cuaderno. Gonzalo describe una tarde en casa.

Mi mamá estaba ordenando la sala cuando llegué de la escuela. Me vio entrar y dejó lo que estaba haciendo.

—¿Cómo te fue?

—Bien.

—¿Seguro?

—Sí, mamá.

—¿No tuviste problemas con nada?

—No.

—¿Y en educación física? El otro día me dijo la señora Reyes que vio que estabas haciendo ejercicio con los demás y me preguntó si era buena idea, que si no te cansabas demasiado.

Me senté en el sillón y puse la mochila en el suelo con más cuidado del necesario para tener algo que hacer con las manos.

—Estoy bien, mamá.

—Es que no quiero que te esfuerces de más.

—Hacer educación física no es esforzarme de más. Es hacer educación física.

—Ya sé, pero tú no eres igual que los demás, Gonzalo, y eso no tiene nada de malo, solo hay que tenerlo en cuenta.

—Lo tengo en cuenta.

—¿Lo tienes?

—Sí.

Hubo un silencio. Ella volvió a acomodar un cojín que ya estaba acomodado.

—No me gusta que te pongas así —dijo.

—No me estoy poniendo de ninguna manera.

—Sí te estás poniendo. Te conozco.

Me quedé callado. Ella siguió con los cojines. Al rato dijo que la cena estaría lista en una hora y se fue a la cocina, y yo me quedé en el sillón pensando que tenía razón en una cosa: me conoce. Solo que lo que conoce no es exactamente lo que soy, sino lo que ella necesita que sea para no preocuparse tanto. Y esas dos cosas se parecen pero no son lo mismo.

No sé cómo decírselo. No sé si tiene caso.

---

Bajo el cuaderno.

Hay en este párrafo final algo que me golpea de una manera que no esperaba a las diez de la mañana de un domingo en Xalapa. Soy psicólogo. Entiendo los mecanismos de la sobreprotección materna, la ansiedad proyectada, la dificultad de separar el amor del control cuando el hijo tiene una condición que la madre percibe como una vulnerabilidad permanente. Lo entiendo clínicamente. Lo he explicado docenas de veces en este consultorio y fuera de él. Tengo incluso un esquema en una de mis presentaciones de taller que ilustra exactamente esa dinámica: el círculo del amor ansioso, lo llamo, con flechas que van del miedo a la sobreprotección y de la sobreprotección al alejamiento y del alejamiento de vuelta al miedo. Un círculo perfecto y perfectamente inútil cuando estás adentro de él.

Y sin embargo leer esto, leer a Gonzalo de dieciséis años sentado en ese sillón de la sala pensando que su madre lo conoce pero no sabe exactamente lo que es, me produce algo que el vocabulario clínico no alcanza a nombrar del todo. No es lástima. Gonzalo no escribió esto para provocar lástima y yo no lo leo así. Es otra cosa. Es la sensación de asomarse a una distancia que existió siempre y que nadie midió porque nadie supo que estaba ahí.

Afuera, en la cocina, Gabriela lava los platos del desayuno. La escucho mover cosas, tararear algo sin melodía definida, abrir y cerrar una alacena. Lleva décadas en esta casa haciendo exactamente eso, moviéndose con

esa energía que llena los espacios, y su hijo pasó casi veinte años escribiendo en silencio a unos metros de distancia todo lo que no supo decirle en voz alta.

Abro el cuaderno tres.

## **CAPÍTULO 4**

### **Lo que los otros interpretan**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Martes por la tarde.*

Volví a la Ciudad de México el domingo por la noche con los dieciséis cuadernos en una bolsa de lona que Gabriela me dio sin decir nada, como si ambos hubiéramos acordado sin palabras que era lo que debía pasar. En el trayecto en carretera no los abrí. Los dejé en el asiento trasero y manejé con la radio puesta en una estación que transmitía noticias que no escuché. En Córdoba paré a cargar gasolina y aproveché para tomar un café en el mostrador de una tienda de conveniencia, de pie, mirando el estacionamiento vacío, pensando sin pensar en nada concreto, que es lo que me pasa cuando algo me ocupa demasiado el fondo del pensamiento y la superficie se queda en blanco.

El lunes tuve cuatro pacientes y entre sesión y sesión no pude evitar pensar en Gonzalo de la manera en que uno piensa en algo que dejó a medias: con una impaciencia sorda, casi física, que no reconocí de inmediato como lo que era. Entre la segunda y la tercera sesión abrí la bolsa de lona y saqué el cuaderno cuatro, que era donde me había quedado, y lo miré un momento sin abrirlo. Luego lo volví a guardar porque tenía un paciente esperando y los cuadernos de mi primo muerto podían esperar también, aunque la frase, mientras la pensaba, me produjo una incomodidad que no terminé de examinar.

El martes cancelé la última cita de la tarde. No lo hago casi nunca. Le dije a la paciente que había surgido un imprevisto, que nos veíamos la semana siguiente, y colgué antes de que pudiera preguntar qué imprevisto. Luego me senté en el sillón de mi propio consultorio, que es donde me siento cuando quiero pensar sin que parezca que estoy trabajando, y abrí el cuaderno cuatro.

---

Esta entrada es de marzo de 2001. Gonzalo tiene diecisiete años y describe una reunión en casa de unos conocidos de Gabriela.

La señora Fuentes organizó una comida a la que fuimos mi mamá y yo. Había como doce personas, entre ellas el señor Fuentes, que es contador, dos hijos del matrimonio que estudian en Veracruz, y varios conocidos de mi mamá que yo no había visto nunca o que había visto tan poco que equivale a lo mismo.

Durante la comida me senté junto a un señor de unos cincuenta años que se presentó como Gerardo y que resultó ser cuñado del señor Fuentes.

Gerardo me preguntó cómo me llamaba. Le dije. Me preguntó a qué me dedicaba. Le expliqué que estaba en la preparatoria, último año. Asintió despacio, con esa cadencia que la gente adopta cuando cree que la lentitud es una forma de cortesía.

—¿Y te gusta la escuela? —dijo.

—Sí.

—¿Qué materias te gustan?

—Filosofía. Literatura. Historia.

—Ah, qué bien —dijo, y en el tono había algo que no era exactamente entusiasmo sino alivio, como si hubiera esperado una respuesta que no pudiera procesar y le alegrara no haberla recibido.

Comimos un rato en silencio. Luego él se inclinó levemente hacia mí y, bajando la voz como si me confiara algo importante, me dijo:

—Oye, y tú... ¿entiendes todo bien? ¿Se te facilita aprender?

Lo miré. Tomé un sorbo de agua. Calculé cuánto tiempo me tomaría explicarle la diferencia entre una dificultad motriz y una dificultad cognitiva, y si ese tiempo y ese esfuerzo producirían en él algún cambio real o solo una incomodidad que luego atribuiría a mi falta de sentido del humor.

—Entiendo perfectamente —le dije.

—Claro, claro —dijo, rápido—. No lo decía por eso, es que a veces...

—No se preocupe —dije.

Cambió de tema. Yo también. Al rato mi mamá se acercó a preguntarme si estaba bien, en voz baja, con esa mirada suya de alerta permanente que escanea el entorno en busca de situaciones que puedan resultarme difíciles.

—Estoy bien, mamá.

—¿El señor Gerardo te dijo algo?

—Nada importante.

—Te vi la cara.

—Tengo una sola cara.

—Gonzalo.

—Estoy bien —repetí, y esta vez ella me creyó o decidió creerme, que en la práctica es lo mismo.

Lo que más me cuesta no es la ignorancia del señor Gerardo. La ignorancia es tratable: basta con información y voluntad, y aunque no siempre hay voluntad, al menos la ignorancia tiene remedio. Lo que más me cuesta es la vigilancia de mi mamá. Su radar constante buscando la señal de que algo salió mal, de que alguien me hizo sentir menos, de que necesito ser rescatado de algo. Ese radar no descansa nunca y su zumbido constante

me recuerda, de una manera que ella no puede imaginar, que soy alguien que en la percepción de los demás necesita protección permanente.

Yo no me siento así. Nunca me he sentido así. Pero a veces me pregunto si esa diferencia entre cómo me veo yo y cómo me ven los demás es algo que algún día va a resolverse, o si simplemente es el paisaje permanente de mi vida y lo que me queda es aprender a habitarlo con menos fricción.

---

Bajo el cuaderno.

Llevo un rato con esa última frase dando vueltas: aprender a habitarlo con menos fricción. Gonzalo tenía diecisiete años cuando la escribió y ya había identificado con una precisión que a mí me tomó décadas de estudio algo que mis libros llaman adaptación cognitiva al entorno discapacitante. Él no lo llama así. Lo llama el paisaje permanente de su vida. Y esa formulación, sin ningún aparato teórico detrás, es más exacta que cualquier término que yo haya usado en un artículo académico.

Tomo el cuaderno de nuevo. Hay una entrada más que quiero leer antes de que llegue la oscuridad.

---

Esta es de junio del mismo año. Gonzalo está a punto de terminar la preparatoria.

Hoy hubo una junta de grupo para hablar de los preparativos del viaje de graduación. Yo fui aunque sabía que el viaje iba a ser complicado para mí en términos logísticos, no imposible pero sí complicado, y quería escuchar de qué se trataba antes de decidir si participaba.

La maestra Ortega dirigió la junta. Habló del destino, que iba a ser Cancún, de los costos, de los permisos. Cuando preguntó quiénes iban a ir, fui levantando la mano junto con los demás.

La maestra me miró un momento.

—Gonzalo, ¿tú también vas a ir?

—Sí —dije.

—Ah —dijo. Solo eso: ah. Y siguió con la lista.

Ese ah contenía una pregunta que no me hizo, y la pregunta era si yo había considerado que Cancún implicaba playa y arena y distancias largas a pie y situaciones que para mí no son exactamente iguales que para los demás. Lo había considerado. Desde antes de que ella pensara en considerarlo, yo ya lo había considerado.

Fui a Cancún. Me costó más que a los demás en algunos momentos y menos en otros, porque hay cosas que el cuerpo aprende a hacer por caminos distintos a los que el manual indica. Me metí al mar. Bebí algo que no debí haber bebido y a la mañana siguiente lo lamenté de la manera en que lo lamenta cualquier persona de diecisiete años, que es sin demasiada severidad. Me reí mucho una noche con Rodrigo Castillo, que es el único

compañero del grupo que habla conmigo de la misma manera que habla con cualquier otra persona, sin ese medio segundo de ajuste que todos los demás hacen y que yo noto siempre aunque finjan que no existe. Rodrigo habla rápido, hace preguntas sin simplificarlas, se ríe de lo que digo antes de que termine de decirlo porque ya entendió a dónde voy, y eso, que para cualquier otra persona sería simplemente una conversación, para mí es algo que se parece mucho a lo que debe sentirse ser tratado como lo que uno es.

El viaje fue bueno. La maestra Ortega probablemente creyó que yo no iría. No sé qué pensó cuando me vio en el autobús con la mochila, pero me gustaría haberle visto la cara.

---

Cierro el cuaderno y me quedo mirando el librero del consultorio. Hay ahí libros míos, artículos encuadernados, los tres tomos del manual que usamos en los talleres. Todo ese conocimiento acumulado sobre cómo es vivir con una condición como la de Gonzalo, procesado, sistematizado, convertido en esquemas y protocolos y recomendaciones para familias y profesionales. Lo he construido durante veinte años con la convicción de que entender la experiencia del otro, aunque sea desde afuera, es mejor que no entenderla. Y sigo creyendo eso. Pero esta tarde, en mi propio consultorio con la luz apagándose por la ventana y los cuadernos de Gonzalo en la bolsa de lona junto al escritorio, entiendo que hay una diferencia entre conocer el mapa y haber caminado el terreno, y que yo siempre tuve el mapa.

Gonzalo, a diecisiete años, con un cuaderno de pasta verde y una letra que le costaba, ya sabía todo eso. Lo sabía desde adentro, que es el único lugar desde donde se sabe de verdad.

El ah de la maestra Ortega. Lo estoy escuchando todavía.

## **CAPÍTULO 5**

### **Esperanza**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Miércoles por la tarde.*

Gabriela llegó puntual, como siempre. Se sentó en el sillón arena, acomodó la bolsa en el regazo, me miró con esa expresión suya de quien está lista para empezar aunque no sepa exactamente qué es lo que va a empezar. Llevábamos diez meses de sesiones y el ritual de los primeros dos minutos no había cambiado: ella entraba, se sentaba, me miraba, y yo decía algo neutro para abrir el espacio, una pregunta breve que no comprometiera ninguna dirección en particular. Es un recurso técnico, una forma de ceder el control inicial al paciente sin que lo parezca, y me funciona bien con casi todos mis pacientes.

Con Gabriela nunca me funcionó del todo, porque Gabriela no cede el control de ninguna conversación sin pelear un poco, así sea suavemente.

Hoy no pude de todas formas.

Me quedé callado más tiempo del habitual y ella lo notó porque Gabriela nota todo lo que ocurre en los primeros dos minutos de cualquier situación social, es una habilidad que tiene desde siempre y que su hijo heredó de otra manera, calibrada hacia adentro en lugar de hacia afuera.

—¿Qué pasó? —dijo.

—Nada. ¿Cómo estuviste esta semana?

—Adán.

—¿Qué?

—Tienes la misma cara que pusiste el domingo en la mañana cuando te pregunté qué decían los cuadernos.

La miré. Ella me miró. Afuera, en la calle, un camión frenó con ese sonido de neumáticos que en la Ciudad de México es tan constante que ya no se escucha, excepto en los momentos en que el silencio interior lo hace audible.

—Estuve leyendo esta semana —le dije.

—¿Y?

—Son buenos, tía. Los cuadernos son muy buenos.

Ella no dijo nada por un momento. Luego:

—¿Qué quiere decir buenos?

—Que Gonzalo escribía muy bien. Que pensaba con mucha claridad. Que hay cosas ahí que vale la pena leer.

—¿Cosas sobre mí?

—Entre otras.

Gabriela bajó la vista hacia la bolsa. La abrió, sacó un pañuelo que no necesitaba todavía, lo dobló sobre la rodilla.

—¿Cosas malas?

—No. Cosas honestas.

—A veces las cosas honestas son las peores.

No le respondí eso porque tenía razón y porque responderle habría sido desviar la conversación hacia un territorio que todavía no era momento de habitar. Le dije que íbamos a llegar a los cuadernos con calma, que primero necesitaba seguir leyendo yo, que cuando estuviera listo le iba a proponer cómo hacerlo juntos. Ella asintió con esa manera suya de asentir que no significa que esté de acuerdo sino que está dispuesta a esperar, que en Gabriela son cosas distintas.

Hablamos de otras cosas el resto de la sesión. Cuando se fue, me quedé sentado frente al escritorio con el cuaderno cinco en las manos, que lo había sacado de la bolsa de lona antes de que llegara y lo había dejado sobre el escritorio como quien pone un objeto en un lugar visible para no olvidar que existe.

Lo abrí.

---

Esta entrada es de septiembre de 2002. Gonzalo tiene diecinueve años y acaba de entrar a la universidad.

Mi mamá vino a dejarme el primer día a la facultad. Yo le dije que no era necesario, que podía ir solo en el camión, que lo había hecho muchas veces. Ella dijo que era el primer día y que quería venir. Discutimos de esa manera nuestra que no es exactamente discutir sino negociar con palabras que simulan ser otra cosa, y al final vine con ella porque a veces el costo de la negociación es mayor que el costo de ceder y uno tiene que calcular eso.

En la entrada de la facultad nos encontramos con otros estudiantes que también llegaban con sus padres y eso pareció aliviarla, como si la presencia de otras madres legitimara la suya. Me dio un abrazo largo.

—Cualquier cosa me hablas —dijo.

—Sí, mamá.

—Y si te sientes mal o necesitas algo...

—Te hablo.

—Y come bien, no te saltes el almuerzo.

—Mamá.

—¿Qué?

—Ya sé comer.

Me miró con esa expresión que tiene cuando sabe que está haciendo demasiado y no puede evitarlo de todas formas.

—Es que me cuesta dejarte —dijo, y en esa frase había más honestidad de la que suele permitirse, y yo la reconocí y no supe exactamente qué hacer con ella.

—Ya sé —le dije. Y era verdad: sé que le cuesta. Lo que no sé es cómo decirle que su dificultad para soltarme, aunque nace del amor más genuino que he conocido de cerca, pesa sobre mí de una manera que ella no puede ver porque el amor nunca se ve a sí mismo pesando.

Se fue. Yo entré a la facultad.

---

Bajo el cuaderno un momento.

Esa frase: el amor nunca se ve a sí mismo pesando. La releo. Gonzalo tenía diecinueve años. Yo tengo cuarenta y dos y llevo veinte trabajando con familias exactamente como la suya, y no lo habría dicho mejor. Lo habría dicho de otra manera, con otro vocabulario, apoyado en referencias teóricas que le darían un aire de rigor que esta frase no necesita porque ya es rigurosa por sí sola. Más rigurosa, de hecho, que cualquier término técnico que yo pudiera poner en su lugar.

Pienso en Gabriela sentada hace una hora en ese sillón, doblando el pañuelo sobre la rodilla, preguntándome si había cosas malas. Pienso en cuánto le va a costar leer esto cuando llegue el momento. No porque sea un reproche, que no lo es, sino porque es algo más difícil que un reproche: es el retrato fiel de algo que ella hizo con la mejor intención del mundo y que de todas formas tuvo consecuencias que no midió. Nadie sabe bien qué hacer con eso. Ni los pacientes ni los terapeutas ni los hijos ni las madres. Es una de las pocas situaciones para las que no tengo un esquema en mis presentaciones de taller.

Sigo.

---

Dos meses después. Gonzalo describe una tarde en casa, en las primeras vacaciones de diciembre desde que empezó la universidad.

Volví a Xalapa el viernes. Mi mamá tenía la casa decorada desde antes de que llegara, con el árbol y todo, aunque todavía falta una semana para Navidad. Preparó una cena que era demasiado elaborada para ser solo los dos, como si hubiera invitado a más personas en su cabeza y a mí me hubiera tocado comer por todas.

Durante la cena me preguntó por la universidad, por los profesores, por los compañeros. Le conté lo que pude contar en el tiempo que ella me daba entre pregunta y pregunta, que no es mucho porque Gabriela hace preguntas con la misma energía con que hace todo: en ráfagas.

—¿Y hiciste amigos?

—Algunos.

—¿Cómo se llaman?

—Hay uno que se llama Mauricio. Otro que se llama Pedro.

—¿Son buenos muchachos?

—Sí.

—¿Te tratan bien?

—Sí, mamá.

—¿Seguro? Porque a veces la gente en la universidad...

—Me tratan bien.

—Es que tú no siempre dices cuando algo te molesta.

Me quedé callado. Ella sirvió más agua en mi vaso aunque estaba casi lleno.

—¿Estás contento? —dijo, más despacio, como si la pregunta fuera distinta a las anteriores.

Y era distinta. Era la pregunta real debajo de todas las otras, la que había estado intentando hacer desde que llegué y que le costó toda la cena formular.

—Sí —le dije. Y era verdad, aunque una verdad más complicada de lo que cabía en esa palabra—. Estoy contento.

Ella sonrió. Una sonrisa que era alivio más que alegría, que en Gabriela con frecuencia es lo mismo.

Lo que no le dije es que estar contento y sentirme libre son cosas distintas, y que en la universidad, por primera vez, tengo acceso a las dos al mismo tiempo, y que esa diferencia es tan grande que todavía no sé bien cómo habitarla sin sentir que le estoy quitando algo a alguien.

---

Cierro el cuaderno cinco.

El amor sin paciencia no es crueldad. Es algo peor: es generosidad mal calibrada. Lo escribiré Gonzalo más adelante, no sé en cuál cuaderno, pero ya está contenido en estas páginas de diecinueve años aunque todavía no tenga esa forma. Ya está la observación, ya está la estructura emocional que la sostiene. Solo le falta el tiempo para encontrar las palabras exactas, que es lo que le pasa a todo el mundo con las cosas que importan: uno las siente antes de poder decirlas, y cuando las puede decir ya se las ha tenido que aguantar durante años.

Afuera ya oscureció. Me doy cuenta de que no encendí la luz del consultorio y que llevo un rato leyendo con la que entra de la calle, que en este piso es suficiente pero apenas. Enciendo la lámpara del escritorio. La luz cae sobre la bolsa de lona con los cuadernos restantes y sobre el expediente de Gabriela que está cerrado sobre el escritorio y que esta tarde no abrí, porque entre lo que ella me dijo en sesión y lo que Gonzalo escribió en estos cuadernos hay más información de la que cualquier expediente puede contener, y mezclarlos me parece, por primera vez en diez meses, una forma de hacerle un flaco favor a los dos.

Saco el cuaderno seis de la bolsa. Lo dejo sobre el escritorio para mañana.

Mañana.

## **CAPÍTULO 6**

### **Lo que no se dice en casa**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Jueves por la noche.*

Gabriela llamó a las nueve y media. Yo estaba leyendo el cuaderno siete, que es donde Gonzalo tiene veinte años y empieza a escribir diferente: la letra más controlada, las frases más largas, como si la universidad le hubiera dado no solo ideas sino también una mayor confianza en el papel. Dejé el cuaderno sobre el escritorio cuando sonó el teléfono y vi el nombre de mi tía en la pantalla y sentí algo que no era exactamente aprensión pero que se le parecía.

—Tía. ¿Todo bien?

—Sí, sí, perdona que llame tarde. ¿Estás ocupado?

—No. Dime.

—Es que estuve pensando todo el día en lo que me dijiste el miércoles. Lo de los cuadernos.

—¿Qué estuviste pensando?

Hubo una pausa. Escuché que encendía la televisión y la apagaba inmediatamente, ese gesto suyo de quien necesita hacer algo con las manos mientras habla por teléfono y no encuentra qué.

—¿Hay cosas feas? —dijo—. De mí, quiero decir. ¿Gonzalo escribió cosas feas de mí?

—No, tía.

—No me estás diciendo eso para protegerme.

—No te estoy protegiendo. Te estoy diciendo lo que es.

—Porque yo sé que no fui perfecta, Adán. Lo sé. Cometí errores con él, muchos errores, y a veces me pregunto si él lo sabía, si lo resentía, si en el fondo...

—Gabriela.

Se detuvo. No le digo tía cuando quiero que me escuche: le digo su nombre, y ella lo sabe y responde a eso de una manera que no responde a nada más.

—¿Qué? —dijo.

—Gonzalo no escribió cosas feas de ti. Escribió cosas verdaderas. Que no es lo mismo.

Silencio largo. Del tipo que no pide ser llenado.

—¿Y eso es mejor o es peor? —dijo al fin.

—Depende del día —le dije, con más honestidad de la que suelo permitirme con mis pacientes, pero Gabriela no es solo mi paciente y esta conversación no es solo una sesión—. Esta semana, para mí, es mejor. Creo que para ti también va a serlo, cuando llegue el momento.

—¿Cuándo va a ser ese momento?

—Todavía no lo sé. Déjame terminar de leer.

—¿Cuánto falta?

—Bastante.

Otro silencio. Luego:

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Claro.

—¿Era feliz? ¿Eso se nota en lo que escribía?

Me tomó un momento responder. No porque no supiera qué decir, sino porque quería decirlo bien.

—Era él —le dije—. Con todo lo que eso implicaba. Feliz a veces. Fastidiado otras. Aburrido, divertido, enamorado, cansado. Era él, tía.

Gabriela no dijo nada por un momento y luego dijo buenas noches con una voz que era más pequeña que de costumbre, y colgó.

Me quedé con el teléfono en la mano mirando el cuaderno siete abierto sobre el escritorio, y pensé que Gabriela llevaba catorce meses preguntándose lo mismo que Gonzalo se había preguntado durante años: cómo decirle algo importante a la otra persona sin que lo tomara de una manera que no era la intención. Los dos atrapados en el mismo laberinto desde lados opuestos, buscando una salida que no estaba donde ninguno de los dos miraba.

Volví al cuaderno. Pero no al siete, que es donde había llegado. Volví al seis, que es donde Gonzalo escribe, por primera vez con esa claridad que se vuelve su marca con los años, sobre lo que no se dice en esta casa.

---

La primera entrada que busco es de febrero de 2003. Gonzalo tiene veinte años y lleva un semestre en la universidad.

Hoy mi mamá llamó a la facultad para preguntar por mí. No lo sé porque me lo dijo ella, sino porque me lo dijo la secretaria de la coordinación cuando fui a recoger unos papeles: que había llamado una señora a preguntar cómo iba yo, si asistía bien, si los profesores reportaban algún problema.

La secretaria me lo dijo sin mala intención, con esa naturalidad de quien transmite un recado y no imagina que el recado puede ser complicado. Le dije que gracias. Salí al pasillo. Me senté en una banca junto a la fuente que hay en el patio central de la facultad, que es el lugar donde me siento cuando necesito un momento que no sea de nadie más.

Me quedé ahí diez minutos. Pensé en llamarle. Pensé en no llamarle. Al final no le llamé, porque lo que iba a decirle ya lo sabía ella, y lo que ella iba a responderme ya lo sabía yo, y esas conversaciones que los dos conocemos de memoria antes de tenerlas me cansan más que el camión de regreso a casa.

Lo que sí hice fue sacar este cuaderno y escribir esto. Que es, supongo, lo que siempre termino haciendo con lo que no sé dónde llevar.

---

Tres meses después. Mayo. La escena de la cena.

Anoche quise decirle a mi mamá algo que llevo semanas pensando. No algo dramático, no una declaración ni una confrontación: solo una cosa sencilla, o que debería ser sencilla, sobre cómo me siento cuando ella toma decisiones por mí sin preguntarme.

Esperé el momento. Lo calculé durante la cena, mientras ella hablaba de una vecina que se fue a vivir a Jalapa y de si eso era buena o mala idea, y

yo la escuchaba y pensaba en cómo empezar. Cuando terminamos de comer y ella se levantó a recoger los platos, le dije:

—Mamá, quiero decirte algo.

Ella se detuvo con los platos en la mano.

—¿Qué pasó?

—Nada malo. Solo quiero decirte algo.

Se sentó de nuevo, con los platos todavía en la mano, lo cual hizo que toda la conversación ocurriera con ella sosteniendo los platos, que no era exactamente la imagen que yo había imaginado pero que tampoco podía controlar.

—Cuando llamas a la facultad para preguntar cómo voy —empecé—, y cuando le preguntas a mis profesores si estoy bien...

—Lo hago porque me preocupas.

—Ya sé. Pero preferiría que me preguntaras a mí.

—Te pregunto a ti y no me dices nada.

—Porque cuando me preguntas ya preguntaste a otras personas primero, y entonces lo que yo diga no importa igual.

Ella me miró. Hubo un silencio que duró lo suficiente para que yo pudiera ver en su cara el momento en que decidía cómo recibir eso: si como un reproche o como algo más complicado.

—No lo hago para hacerte sentir mal —dijo.

—Lo sé, mamá.

—Lo hago porque no siempre sé cómo estás. Porque a veces te pregunto y me dices que bien y no sé si es verdad.

—Generalmente es verdad.

—¿Generalmente?

—Mamá.

—¿Cuándo no es verdad?

Me quedé callado. Ella bajó los platos sobre la mesa, despacio, y me miró de esa manera suya que es simultáneamente tierna y agotadora.

—Gonzalo, no puedo ayudarte si no sé qué te pasa.

—No siempre necesito que me ayudes —dije—. A veces solo necesito que me preguntes a mí.

Hubo otro silencio. Luego ella recogió los platos, fue a la cocina, y desde ahí dijo que estaba bien, que lo iba a intentar. Y yo me quedé en la mesa pensando que lo iba a intentar era probablemente lo más honesto que podía decir, y que honesto no siempre es suficiente pero es lo que hay, y que con eso tendría que bastar por ahora.

Lo que no le dije: que estar bien, para mí, con frecuencia significa exactamente eso, estar bien, sin más. No un bien que oculta algo, no un bien de cortesía, no un bien que es en realidad un no quiero hablar de esto ahora. Solo bien. Como están bien la mayoría de las personas la mayoría de los días, que es un estado que nadie cuestiona cuando quien lo dice no tiene una condición que lo vuelva sospechoso. Y que si aprendiera a creermelo cuando lo digo, los dos descansaríamos un poco. Yo de justificarme. Ella de vigilar.

---

Dejo el cuaderno.

Hay en esa última nota algo que reconozco de mis pacientes con condiciones similares a la de Gonzalo: esa fatiga específica de tener que justificar constantemente el propio estado de ánimo ante quien lo duda por sistema. No es desconfianza maliciosa la de Gabriela. Es miedo. El miedo de quien ha aprendido, a base de años y de episodios que ella percibió como crisis aunque Gonzalo no los viviera así, que su hijo no siempre dice lo que le pasa. Sin entender que su hijo no lo dice precisamente porque sabe que lo que diga va a ser recibido con ese miedo, y el miedo de ella pesa sobre cualquier respuesta posible antes de que Gonzalo pueda formularla.

Un círculo. Perfecto y perfectamente inútil, como todos los círculos que se cierran sobre el miedo.

Pienso en la pregunta que me hizo Gabriela por teléfono: ¿era feliz? Y en lo que le respondí: era él, con todo lo que eso implicaba. No fue una respuesta evasiva. Fue la respuesta más honesta que tenía, porque lo que los cuadernos muestran no es a un hombre feliz ni a un hombre infeliz sino a un hombre completo, con todo lo que eso significa: los martes aburridos y las noches de Cancún y el fastidio con su madre y la precisión con que observa el mundo y el amor que no sabe todavía que le viene encima.

Tomo el cuaderno siete. Esta vez sí.

## **CAPÍTULO 7**

### **La universidad**

*Ciudad de México. Apartamento de Adán. Sábado por la mañana.*

Hay días en que los cuadernos de Gonzalo los leo en el consultorio y hay días en que los leo en casa, en el sillón junto a la ventana que da a la calle Álvaro Obregón, con café y sin pacientes ni teléfono ni ninguna obligación que me recuerde que soy psicólogo y que tengo una vida que no es esta. El sábado es uno de esos días. Abrí el cuaderno ocho a las ocho de la mañana y cuando levanté la vista por primera vez era casi el mediodía y había un camión de basura haciendo su ronda en la calle y el café estaba frío desde hacía quién sabe cuánto.

Los cuadernos de la universidad son distintos a los de la preparatoria. No solo porque la letra cambia, que cambia: más pequeña, más controlada,

con menos tachaduras y más densidad por página, como si el espacio del papel fuera un recurso que aprendió a administrar. Sino porque la voz cambia. Hay en el Gonzalo universitario algo que no estaba en el adolescente: una confianza en su propio pensamiento que no es arrogancia sino exactamente lo contrario, la seguridad de quien ha verificado que puede pensar y que eso le basta para no necesitar que nadie lo confirme. La universidad le dio eso. O quizás la universidad solo lo hizo visible porque ya estaba ahí, esperando condiciones que lo dejaran crecer sin que nadie lo pisara por accidente.

En la preparatoria, Gonzalo escribía sobre lo que le pasaba. En la universidad empieza a escribir sobre lo que piensa, y la diferencia es enorme aunque a veces las dos cosas se mezclen en el mismo párrafo y sea imposible separarlas.

---

Esta entrada es de marzo de 2004. Gonzalo está en el segundo año de Filosofía y describe un seminario sobre filosofía del lenguaje.

El doctor Arriaga empezó hoy la unidad sobre Wittgenstein con una pregunta que le lanzó al grupo sin aviso:

—¿Cuáles son los límites del lenguaje?

Hubo el silencio que hay siempre al principio de las preguntas grandes, ese silencio de quien calibra si lo que va a decir vale la pena el costo de decirlo. Luego habló una compañera, Fernanda, que dijo algo correcto y bien formulado sobre el Tractatus. Luego habló otro, Pablo, que dijo algo parecido pero con otras palabras. El doctor Arriaga asintió a los dos con la misma expresión, que es su manera de decir que están en el camino correcto pero que el camino sigue.

Luego me miró a mí.

—Gonzalo. ¿Usted qué piensa?

Tomé el tiempo que necesité. Arriaga espera, que es una de las razones por las que su seminario es el que más me gusta de todos los que llevo.

—Wittgenstein dice que los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo —dije—. Pero no imagina que alguien pueda tener esos límites dentro de la propia boca.

Silencio. Distinto al primero.

—Explíquese —dijo Arriaga, y en su tono no había condescendencia sino interés, que es la diferencia que más importa.

—Que la barrera no siempre es conceptual. A veces es física. Sé lo que quiero decir. Tengo el mundo completo. Lo que falla es el canal, no el contenido. Wittgenstein no consideró ese caso.

El doctor Arriaga me miró un momento con esa expresión suya de quien acaba de escuchar algo que va a seguir pensando después de que termine la clase.

—Es una crítica legítima —dijo—. Y muy interesante.

Fernanda me volteó a ver. Pablo también. No con esa mirada de ajuste que conozco bien sino con otra cosa, algo más parecido a la sorpresa genuina de quien escucha un argumento que no esperaba. Eso, que debería ser lo normal, todavía me produce cada vez que ocurre una pequeña descarga de algo que no sé si llamar satisfacción o alivio o simplemente el placer de ser escuchado donde uno está parado.

---

Bajo el cuaderno.

Estoy en el sillón junto a la ventana de mi apartamento y afuera el camión de basura ya pasó y la calle volvió a su sábado tranquilo y yo tengo la sensación de haber estado en ese seminario, de haber visto la cara del doctor Arriaga y la de Fernanda y la de Pablo, aunque nunca conocí a ninguno de los tres y lo que tengo es solo la letra de Gonzalo describiendo la escena con esa precisión suya que no deja afuera nada que importe.

El doctor Arriaga espera. Esa frase me queda. En todos los años que Gonzalo llevaba interactuando con profesores, con médicos, con conocidos de su madre, con vendedores y secretarias y compañeros de clase, esa es la distinción que más aparece en los cuadernos: quien espera y quien no espera. No como virtud moral sino como condición básica de la comunicación. Esperar a que alguien termine de hablar antes de responder es, para la mayoría de las personas, algo tan obvio que ni se nombra. Para Gonzalo era la diferencia entre ser incluido en una conversación o ser apenas su destinatario. Yo nunca lo había pensado en esos términos. Ahora no voy a poder dejarlo de pensar.

Me pregunto cuántas veces estuve con Gonzalo. Cuántas veces lo interrumpí sin saberlo. Cuántas veces interpreté su silencio como desinterés cuando era procesamiento. Me lo pregunto y no tengo respuesta porque nunca presté atención suficiente para recordarlo, y esa es la respuesta.

Sigo leyendo.

---

Dos meses después. Gonzalo describe una tarde de estudio con dos compañeros.

Mauricio y Ángeles vinieron a estudiar para el parcial de Epistemología. Estudiamos en el comedor de la casa porque en mi cuarto no caben bien tres personas y porque mi mamá se alegra cuando vienen compañeros míos, lo cual produce en la tarde una atmósfera de bienvenida que a veces es cálida y a veces es ligeramente asfixiante dependiendo del día.

Mi mamá hizo café y unos sándwiches que nadie le pidió pero que todos agradecemos, y luego se fue a la sala con la televisión en volumen bajo, que es su manera de darnos espacio sin irse del todo.

Estudiamos bien. Mauricio tiene una manera de discutir los conceptos que obliga a precisar lo que uno dice, que es irritante y útil al mismo tiempo.

Ángeles toma apuntes de todo, incluso de las cosas que uno dice en broma, lo cual hace que uno cuide más lo que dice en broma. Los dos me escuchan sin el medio segundo de ajuste, que a estas alturas del año ya lo tomaba como dado, pero esta tarde lo noté de nuevo porque Mauricio me interrumpió a mitad de una frase para decir:

—Espera, eso que dijiste es exactamente el problema con Popper, ¿no?

Y me interrumpió porque entendió hacia dónde iba antes de que llegara, que es el tipo de interrupción que no molesta porque no suplanta sino que acompaña.

Cuando se fueron, mi mamá recogió las tazas y me preguntó si eran buenos amigos. Le dije que sí. Me preguntó si me trataban bien. Le dije que sí. Me preguntó si los iba a volver a invitar.

—Cuando haya otro parcial —le dije.

—Puedes invitarlos aunque no haya parcial.

—Ya sé, mamá.

—Solo digo.

—Ya sé —repetí, y esta vez sonreí un poco, y ella también, y fue uno de esos momentos en que los dos dejamos de negociar y simplemente estamos en el mismo lugar al mismo tiempo sin que eso requiera ningún esfuerzo adicional. Esos momentos ocurren menos de lo que deberían y más de lo que a veces recuerdo.

---

Cierro el cuaderno ocho.

Esa última frase. Esos momentos ocurren menos de lo que deberían y más de lo que a veces recuerdo. No es un reproche. No es resignación. Es algo más honesto que las dos: la constatación de alguien que mide con exactitud lo que tiene y lo que le falta, y que decide quedarse con los dos sin dramatizar ninguno, porque dramatizar cualquiera de los dos sería una forma de mentirse, y Gonzalo nunca se mintió en estos cuadernos, que es la única regla que parece haber tenido y que cumplió durante diecinueve años sin anunciarla.

Caliento el café. Vuelvo al sillón. Afuera el sábado sigue igual, tranquilo y sin obligaciones, y yo tengo el cuaderno nueve en la mano y la sensación creciente de que Gonzalo me va llevando hacia algo que todavía no sé nombrar del todo pero que se acerca. Lo siento en el cambio de tono de los últimos cuadernos, en cierta tensión nueva que aparece entre líneas como quien no quiere que se note y precisamente por eso se nota.

El cuaderno nueve empieza en enero de 2005. Gonzalo tiene veintiún años. Y en la tercera página aparece por primera vez, mencionada de pasada como si no fuera nada, una chica que se llama Clara.

## **CAPÍTULO 8**

## Los ensayos

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Lunes por la tarde.*

Entre los cuadernos del diario y las carpetas con apuntes universitarios había, en la segunda caja, un fajo de hojas impresas que en su momento revisé rápido y dejé para después. Este lunes, entre la última sesión del día y la oscuridad que llega temprano en la Ciudad de México en esta época del año, abrí el fajo sobre el escritorio y encontré lo que Gonzalo llamaba, en una nota manuscrita al frente del paquete, mis ensayos. Sin mayúsculas, sin fecha, con la misma letra apretada de sus notas marginales en los libros.

Son doce. Once mecanografiados e impresos en hojas que el tiempo ha puesto ligeramente amarillas, y uno solo en computadora, el último, con una tipografía más limpia y una fecha en el encabezado: octubre de 2023. El mes antes de que muriera.

Los tengo ordenados ahora sobre el escritorio, del primero al último. El primero tiene una nota de rechazo de una revista de filosofía de la Universidad de Guadalajara, fechada en 2005, redactada con esa cortesía específica de quien devuelve algo sin querer explicar por qué. El texto dice que el ensayo no se ajusta a la línea editorial de la revista en este momento, que es la forma educada de decir no sin abrir ninguna puerta. El segundo tiene otra nota de rechazo, de otra revista, un año después. Cuatro de los doce tienen notas de rechazo. Los otros ocho no tienen nada, que puede significar que nunca se enviaron o que las respuestas se perdieron o que Gonzalo dejó de enviarlos en algún momento y no guardó el registro de por qué.

Pienso en esos ocho sin historia. En alguien que escribió con rigor durante años textos que nadie publicó, y que siguió escribiéndolos de todas formas. No por obstinación sino porque era lo que hacía, lo que le daba acceso a su propio pensamiento de una manera que nada más le daba. Eso también es una forma de fe: escribir para nadie y de todas formas cuidar cada palabra como si alguien fuera a leerla.

Leo el primero. Luego el segundo. Cuando llego al tercero ya no puedo parar.

---

El tercer ensayo se titula Sobre la diferencia entre ser visto y ser mirado. Gonzalo lo escribió en 2006, tiene veintitrés años, y va a llevar dos años en la Facultad de Filosofía. No tiene nota de rechazo ni de aceptación: lleva un clip que une las hojas entre sí y nada más.

El argumento central es una distinción filosófica que Gonzalo construye sobre Sartre y sobre Merleau-Ponty, pero que lleva hacia un territorio que ninguno de los dos habitó del todo: la experiencia del que es mirado de una manera que lo define antes de que pueda definirse a sí mismo.

Ver, escribe Gonzalo, es un acto que no requiere intención. Uno ve lo que está frente a sus ojos. Mirar, en cambio, implica una decisión previa sobre qué se quiere encontrar. Y esa decisión, cuando se aplica a una persona, determina lo que uno va a ver en ella mucho antes de que ella haga o diga cualquier cosa.

Gonzalo escribe:

La mayoría de las personas que me conocen me ven. Registran mi presencia, procesan la información básica, asignan una categoría. La categoría varía según quien mire: discapacitado, filósofo, sobrino, compañero, paciente potencial. Lo que casi nadie hace es mirarme, en el sentido de decidir encontrar en mí algo que no esté ya contenido en la categoría asignada. El que mira así tiene que estar dispuesto a sorprenderse. Y la sorpresa requiere un esfuerzo que la mayoría de las personas no consideran necesario frente a alguien cuya diferencia visible les parece suficiente descripción.

Me detengo.

Leo eso de nuevo. La categoría varía según quien mire. La diferencia visible les parece suficiente descripción. Gonzalo tiene veintitrés años y está formulando, en términos filosóficos y con una precisión que cualquier revista habría debido publicar, algo que yo explico en mis talleres con un lenguaje técnico que dice lo mismo pero peor.

Sigo.

El ensayo avanza hacia una pregunta que Gonzalo deja abierta: si la mirada que define al otro antes de conocerlo es siempre una forma de violencia, ¿qué pasa cuando esa mirada viene del amor? ¿Puede el amor mirar mal? ¿Puede el afecto genuino producir una imagen tan equivocada de alguien que esa imagen termina siendo un obstáculo entre los dos?

No responde la pregunta. La deja ahí, al final del ensayo, como quien pone un objeto en una mesa y se va sin recogerlo.

---

Bajo las hojas sobre el escritorio.

Pienso en Gabriela. Pienso en Clara, a quien todavía no conozco en los cuadernos más que como un nombre mencionado de pasada, pero que ya intuyo, por la forma en que Gonzalo no la menciona con demasiada frecuencia, que va a importar. Pienso en mí mismo y en la imagen que tenía de Gonzalo antes de los cuadernos: un primo raro, inteligente, difícil de leer. Una categoría. No una persona completa.

¿Puede el amor mirar mal? Claro que puede. Lo he visto en mi consultorio cientos de veces. Padres que aman profundamente a sus hijos y que sin embargo tienen de ellos una imagen tan fija, tan anterior a quien esos hijos realmente son, que el amor no les alcanza para verlos. Gabriela amaba a Gonzalo. Nadie que haya leído estos cuadernos puede dudarlo. Y sin embargo la imagen que tenía de él, construida sobre el miedo y sobre la

mejor intención del mundo, era una imagen que lo reducía a lo que ella necesitaba que fuera para poder amarlo sin angustia.

El ensayo tendría que haberse publicado. Lo pienso mientras lo vuelvo a doblar y lo pongo sobre el escritorio junto a los otros once.

---

El último ensayo, el del octubre de 2023, se titula simplemente Nota sobre el silencio. Es más breve que los otros, dos páginas y media, y tiene una voz diferente: más directa, menos académica, como si Gonzalo hubiera decidido en algún punto de ese último año dejar de escribir para las revistas que no lo publicaban y escribir para sí mismo con el mismo cuidado con que escribía para ellas pero sin la armadura del aparato teórico.

Escribe:

He pasado treinta y cuatro años aprendiendo que el silencio es interpretado. Que cuando yo callo, los otros no ven un silencio sino una señal, y la señal dice cosas que yo no dije y que a veces son lo contrario de lo que habría dicho. He aprendido también que explicar el silencio es imposible: en el momento en que lo explico ya no es silencio. Es otra cosa. Es una disculpa o una defensa o una justificación, y ninguna de las tres es lo que el silencio era.

Lo que el silencio era, casi siempre, era simplemente el tiempo que necesito para encontrar las palabras. No más que eso. El mismo tiempo que cualquier persona necesita para pensar antes de hablar, pero visible en mí porque mi cuerpo lo hace visible, porque no puedo disimularlo como lo disimula quien piensa en silencio interior mientras asiente o sonríe o mira al frente. Mi silencio se ve. Y lo que se ve, en este mundo, se interpreta.

No lo escribo con amargura. Lo escribo como se escribe una observación sobre el clima: es lo que es, ha sido siempre así, y no tengo razones para creer que vaya a cambiar. Lo que sí creo, y esto es lo único que me importa decir hoy, es que hubo personas en mi vida que aprendieron a esperar el final de mi silencio antes de interpretarlo. Esas personas son las que más claramente me vieron. Las que me miraron, en el sentido que yo le doy a esa palabra.

Son pocas. Pero existieron.

---

Doblo las dos páginas y media. Las pongo encima del fajo.

Son pocas. Pero existieron. Gonzalo lo escribió un mes antes de morir, a los treinta y cuatro años, y no suena a resignación sino a una forma de gratitud sin destinatario específico, o con varios destinatarios que nunca van a saber que están ahí, que es la forma más generosa de la gratitud: la que no espera reconocimiento porque no necesita testigo.

Me pregunto si yo estoy entre ellos. Si en alguno de los cuadernos que todavía no he leído aparezco como alguien que esperó, que miró en lugar de ver, que estuvo presente de una manera que importó. Me lo pregunto y

no tengo respuesta, y esta vez la falta de respuesta no me parece un alivio sino exactamente lo que es: una deuda que ya no puedo saldar porque el acreedor no está.

Guardo los ensayos en la carpeta donde los encontré. Los dejo sobre el escritorio, separados de los cuadernos. Mañana sigo con el cuaderno nueve, donde Gonzalo tiene veintiún años y Clara acaba de aparecer por primera vez. Esta noche necesito un poco de aire.

## **CAPÍTULO 9**

### **La barrera y el otro lado**

*Ciudad de México. Apartamento de Adán. Martes por la noche.*

Salí a caminar. No lo hago seguido, no soy de los que caminan para pensar, prefiero el sillón y el café y el silencio interior. Pero esta noche después de cenar me puse los zapatos sin pensarlo demasiado y bajé a la calle y caminé por Álvaro Obregón hacia el poniente durante cuarenta minutos sin ningún destino particular, mirando las terrazas de los restaurantes y los perros que pasaban con sus dueños y las parejas que caminaban de la mano con esa indiferencia al entorno que produce la felicidad o algo parecido a ella. La colonia Roma a esta hora tiene una temperatura que no es de ninguna estación en particular, es solo la Ciudad de México siendo ella misma, y a mí eso me calma de una manera que no termino de explicar.

Pensé en los ensayos. Pensé en la Nota sobre el silencio y en esa frase final: son pocas, pero existieron. Pensé en lo que significa escribir durante diecinueve años en cuadernos que nadie va a leer, con una letra que cuesta y sobre ideas que las revistas no publican, y seguir haciéndolo de todas formas. No por terquedad: por necesidad. Porque era lo que había. Porque el cuaderno era el único lugar donde el canal no fallaba y el contenido llegaba completo y sin distorsión al otro lado.

Cuando volví al apartamento abrí el cuaderno nueve directamente, sin café, sin sentarme en el sillón, de pie junto al escritorio como quien no quiere admitir que va a quedarse un rato.

Me quedé dos horas.

---

El cuaderno nueve cubre de enero a diciembre de 2005. Gonzalo tiene veintiún años y está en el tercer año de la carrera. La voz de estos meses tiene algo distinto: más densa, más reflexiva, como si el pensamiento se hubiera vuelto más exigente consigo mismo. Y en la tercera página, mencionada entre paréntesis casi, aparece Clara por primera vez.

Fui con mi mamá a la comida de fin de año de la señora Montes. Estaban la señora Montes, su marido, dos conocidas de mi mamá que no recordaba haber visto antes, y la hija de la señora Montes, que se llama Clara y que

estudia Diseño en Xalapa. Alta, pelo oscuro, una forma de reírse que ocupa toda la cara. No hablamos mucho. Comí bien. Volví a casa.

Solo eso. Gonzalo cambia de tema en la siguiente oración y no vuelve a mencionar a Clara en todo el mes de enero. Adán tuvo razón al intuir que algo venía: la brevedad misma de la descripción, esa economía de palabras en alguien que nunca es económico cuando algo no le importa, dice más que un párrafo entero.

Pero eso viene después. Esta noche lo que me detiene es otra entrada, de marzo de ese mismo año. Gonzalo ha terminado el segundo año de Filosofía y escribe sobre algo que lleva tiempo pensando.

---

Quiero dar clases. Lo sé desde hace tiempo, desde que el doctor Arriaga demostró en su seminario que enseñar no es transmitir información sino crear las condiciones para que el otro piense. Eso es lo que quiero hacer. Crear esas condiciones.

El problema es el canal. No el contenido: el canal. Sé lo que quiero decir. Lo pienso con claridad, lo estructuro, lo argumento. El obstáculo está entre el pensamiento y quien debería recibirlo, y ese obstáculo tiene nombre y apellido y los conozco bien.

Hablé con el doctor Arriaga sobre esto después del seminario del jueves. Le dije que quería explorar la posibilidad de dar clases algún día, que si él creía que era viable.

Arriaga me escuchó hasta el final, que ya sé que no es lo que hace todo el mundo.

—¿Por qué no sería viable? —me dijo.

—Porque comunicarme toma tiempo. Y los alumnos tendrían que hacer un esfuerzo extra para seguirme.

—Los buenos alumnos hacen ese esfuerzo de todas formas —dijo—. Para seguir a cualquier profesor que valga la pena.

—No es lo mismo.

—No. Pero tampoco es el obstáculo que crees.

Le pregunté qué creía él que era el obstáculo.

—El sistema —dijo, sin dudar—. No tú. El sistema no está diseñado para la diversidad de canales. Está diseñado para un solo canal, que es el que la mayoría usa, y todo lo que se salga de ese canal lo registra como problema. El problema no eres tú, Gonzalo. El problema es que nadie pensó en un mecanismo distinto.

Me quedé pensando en eso mientras caminaba de regreso a la parada del camión. Nadie pensó en un mecanismo distinto. Hay puertas que tienen el mismo aspecto que las demás pero que no abren de la misma manera, y lo que duele no es la puerta: es que nadie haya considerado que podría necesitar bisagras distintas.

Voy a buscar la manera. No sé todavía cuál es, pero la voy a buscar.

---

Bajo el cuaderno.

No sé si Gonzalo encontró esa manera. Sé que no dio clases, no de manera formal, no en ninguna institución. Lo sé porque Gabriela me lo dijo en una de las primeras sesiones: que Gonzalo quiso dar clases y que no pudo, sin más detalles, con ese tono suyo de quien menciona un fracaso ajeno que también siente propio. Pero entre querer dar clases de manera formal y no haberlo logrado hay mucho territorio que los cuadernos todavía no me han mostrado, y aprendo a no adelantarme.

Lo que sí me queda de esta entrada es el doctor Arriaga y su respuesta: el problema no eres tú, el problema es el sistema. No es una frase nueva. La he dicho yo mismo en talleres, en artículos, en conversaciones con familias que llegan a mi consultorio con exactamente esa duda: si el problema está en su familiar o en el mundo que no sabe cómo recibirlo. Siempre les digo lo mismo que Arriaga le dijo a Gonzalo. Pero hay una diferencia entre decirla como argumento teórico y escucharla en boca de alguien que se la dice a Gonzalo después de haberlo escuchado hasta el final, de pie junto a una parada de camión en Xalapa, sin que haya ninguna cámara ni ningún auditorio ni ningún crédito académico de por medio.

Esa diferencia es todo. Y es la diferencia que yo, en mis talleres y en mis artículos, nunca termino de transmitir del todo porque solo se entiende desde adentro.

---

La última entrada que leo esta noche es de octubre del mismo año. Gonzalo tiene una conversación con Mauricio, su compañero de facultad, sobre el futuro.

Mauricio me preguntó hoy qué iba a hacer cuando terminara la carrera. Le dije que no lo sabía todavía, que tenía ideas pero que nada estaba definido.

—¿Qué ideas? —dijo.

—Escribir. Seguir con los ensayos. Buscar la manera de enseñar, aunque sea fuera de un salón.

—¿Fuera de un salón cómo?

—No sé. Talleres, quizás. O tutorías. O simplemente escribir cosas que la gente pueda leer. No sé todavía.

Mauricio asintió con esa manera suya de asentir que significa que está procesando, no que está de acuerdo.

—¿Y si nadie lee lo que escribes? —dijo.

—Alguien va a leerlo —dije, y lo dije con más certeza de la que esperaba encontrar en mí mismo en ese momento.

—¿Cómo sabes?

—No sé. Pero si vale la pena escribirlo, vale la pena que alguien lo lea. Y si vale la pena que alguien lo lea, eventualmente alguien lo va a leer.

Mauricio se rio.

—Eso es fe, no argumento —dijo.

—Sí —dije—. A veces la fe es más útil que el argumento.

---

Cierro el cuaderno nueve.

Son casi las doce de la noche. Tengo dos pacientes mañana a primera hora y debería dormir. En cambio estoy sentado en el escritorio con el cuaderno diez en la mano, mirando la portada, calculando. Gonzalo tiene veintidós años cuando empieza ese cuaderno. Y en algún punto de ese año, entre las páginas que todavía no he leído, Clara va a dejar de ser un nombre mencionado de pasada y se va a convertir en otra cosa. Lo presiento en la manera en que Gonzalo escribió ese breve apunte de enero: alta, pelo oscuro, una forma de reírse que ocupa toda la cara. No hay en esa descripción ninguna señal explícita, ningún adjetivo que delate. Pero Gonzalo nunca describe a nadie así, con esa economía cuidadosa que es la firma de lo que importa más de lo que uno quiere admitir.

También pienso en la conversación con Mauricio. En esa certeza que Gonzalo encontró sin buscarla: si vale la pena escribirlo, eventualmente alguien lo va a leer. La fe como argumento cuando el argumento no alcanza. Gonzalo tenía razón, aunque no vivió para verlo. Alguien lo está leyendo ahora, en un apartamento de la Roma, a las doce de la noche, sin poder dormir.

Abro el cuaderno diez.

## **CAPÍTULO 10**

### **La primera aparición**

*Ciudad de México. Apartamento de Adán. Miércoles por la noche.*

El cuaderno diez empieza el tres de enero de 2006. Gonzalo tiene veintidós años y la letra del encabezado es más firme que la de los cuadernos anteriores, como si hubiera decidido ese año empezar de otra manera aunque no supiera todavía de cuál. Los primeros quince días son ordinarios: clases que retoman, lecturas que continúan, una discusión con Gabriela sobre si va a comer en casa o en la facultad que se resuelve como se resuelven siempre, con esa negociación tácita que ninguno de los dos nombra porque nombrarla la haría más real y más costosa de lo que ninguno de los dos quiere que sea. Y luego, el dieciocho de enero, en mitad de una entrada sobre un seminario optativo de filosofía del arte, aparece esto:

Fui con mi mamá a tomar café a casa de la señora Montes. Estaba Clara. Hablamos un rato de cosas sin importancia mientras nuestras madres

hablaban de otras cosas sin importancia en el comedor. Tiene una manera de escuchar que no es común: sin moverse, sin mirar el teléfono, sin preparar su respuesta mientras uno todavía habla. Me preguntó en qué año iba de la carrera. Le expliqué. Me preguntó de qué iba a ser mi tesis. Le dije que todavía no lo sabía con exactitud, que estaba entre dos temas. Me preguntó cuáles. Le expliqué los dos.

—¿Y cuál te apasiona más? —dijo.

Nadie me había hecho esa pregunta antes. No de esa manera, como si la respuesta fuera a importarle de verdad.

Le dije cuál.

—Ese —dijo, sin dudar.

Y cambió de tema como si hubiera resuelto algo que no era necesario discutir más. Quizás tenía razón.

---

Me detengo.

Esa pregunta. ¿Y cuál te apasiona más? Cuatro palabras. Gonzalo tiene veintidós años y dice que nadie le había hecho esa pregunta antes, no de esa manera. Pienso en todo lo que cabe en ese no de esa manera: la diferencia entre preguntar por cumplir y preguntar porque la respuesta importa de verdad, entre escuchar como trámite social y escuchar como acto deliberado. Clara hizo lo segundo sin esfuerzo aparente, sin pedagogía, sin la conciencia de estar haciendo algo especial. Simplemente preguntó y esperó la respuesta y luego respondió a la respuesta, que es la secuencia más elemental de una conversación y que sin embargo, para Gonzalo, no era lo que encontraba con frecuencia.

Y eso, precisamente eso, es lo que Gonzalo registra con esa economía suya que reserva para lo que más le importa. No la belleza de Clara, aunque la menciona. No su inteligencia, aunque se nota entre líneas. Lo que registra es la calidad de su atención. Que es, en el sistema de valores que los cuadernos han ido construyendo sin anunciarlo, la forma más alta de respeto que una persona puede ofrecerle a otra.

Sigo. El cuaderno diez tiene ciento veinte páginas y Clara aparece en cuatro de ellas a lo largo de todo el año, siempre brevemente, siempre con esa misma precisión que delata sin decirlo.

---

Abril de 2006. Gonzalo la encuentra de casualidad en una librería del centro de Xalapa durante las vacaciones de semana santa.

Estaba en la sección de arte, con tres libros en el brazo y uno abierto en la mano, leyendo de pie con esa concentración que hace invisible todo lo que la rodea. Me vio cuando yo ya llevaba un momento mirándola, que es una situación ligeramente incómoda para quien llega tarde a darse cuenta de que lo están mirando.

—Gonzalo —dijo, como si fuera lo más natural del mundo encontrarme ahí.

—Clara —dije.

—¿Qué buscas?

—Todavía no sé. Tú sí sabes, por lo visto.

Bajó la vista hacia los libros que tenía en el brazo y sonrió de esa manera suya que ocupa toda la cara.

—Siempre sé. El problema es que siempre encuentro más de los que puedo comprar.

Estuvimos como media hora en la librería. Ella me mostró un libro de fotografía que decía que era imprescindible y yo le dije que no sabía nada de fotografía y ella dijo que eso no importaba, que había cosas que se entienden sin saber nada, y me lo prestó ahí mismo, en la librería, diciéndome que me lo devolvía cuando lo terminara.

Caminamos hasta la esquina juntos. Ella dobló hacia el norte y yo hacia el sur. No nos pusimos de acuerdo para vernos otra vez. No hizo falta decirlo.

Me pregunto si ella piensa lo mismo.

---

Esa última línea. Me pregunto si ella piensa lo mismo. Es la primera vez en diez cuadernos que Gonzalo escribe sobre otra persona preguntándose qué piensa esa persona de él. No de una situación, no de un episodio, no de lo que alguien hizo o dijo: de lo que alguien piensa de él en particular. Es un movimiento pequeño en la superficie pero es el primero de su tipo, y quien lleva diez cuadernos leyendo a Gonzalo lo nota de inmediato.

Busco la siguiente mención de Clara. Es de junio. Pero antes, en mayo, hay una entrada breve que no menciona a Clara pero que la contiene de otra manera.

---

Hoy en el seminario el doctor Arriaga nos pidió que escribiéramos, en una sola oración, qué es para nosotros la atención filosófica. No la atención en general: la atención como práctica filosófica, como forma de estar en el mundo.

Mis compañeros escribieron cosas interesantes. Mauricio escribió que la atención filosófica es la suspensión del juicio previo. Ángeles escribió que es la disposición a ser cambiado por lo que se observa. Otros escribieron variaciones de ideas parecidas.

Yo escribí: la atención filosófica es tratar al otro como si lo que dice importara antes de saber qué dice.

Arriaga la leyó en voz alta sin decir quién la había escrito. Se quedó un momento en silencio y luego dijo que era la más simple y la más difícil de todas.

No sé si es la mejor. Pero es la más mía.

---

Busco la siguiente mención de Clara. Es de junio.

---

Devolví el libro de fotografía. Clara me preguntó qué me había parecido. Le dije que no entendí todo pero que hubo imágenes que me quedaron, una en particular de una mujer caminando en una calle de Praga en 1968, con el abrigo mal abotonado y la mirada hacia otro lado, que parece tomada en un instante robado que la fotografiada nunca supo que existió.

—¿Por qué esa? —dijo Clara.

—Porque la mujer no sabe que la están mirando —dije—. Y eso hace que sea completamente ella misma.

Clara me miró un momento sin decir nada. Luego dijo:

—Eso es exactamente lo que hace que sea una buena foto.

Y no añadió más, que es la respuesta más generosa que alguien puede dar cuando uno dice algo que valía la pena decir: no explicarlo, no completarlo, dejarlo donde está.

Fui a casa pensando en la fotografía de la mujer de Praga. Pensé también en otras cosas, pero eso lo guardo aquí y no lo desarrollo porque hay cosas que pierden algo cuando se escriben demasiado pronto. Y porque algunas cosas, mientras no se escriben, siguen siendo completamente tuyas. Como la mujer de Praga que no sabía que la estaban mirando.

---

Cierro el cuaderno diez.

Esa última oración. Hay cosas que pierden algo cuando se escriben demasiado pronto. Gonzalo sabe lo que está pasando. Lo sabe y decide no escribirlo todavía, que es una forma de cuidarlo, de no exponerlo al lenguaje antes de que esté listo para sobrevivir al lenguaje. Lo entiendo. También yo, leyendo esto a las once de la noche en mi apartamento de la Roma, siento que estoy asomándome a algo que todavía no tiene forma completa, que está en ese estado frágil de las cosas que existen pero que no se han dicho todavía y que por eso son más reales que cuando se digan.

Clara escucha sin moverse. Pregunta porque le importa la respuesta. Deja las cosas donde están cuando ya están bien. No completa las frases de Gonzalo, no interpreta su silencio, no ajusta su manera de hablar en función de lo que percibe como una limitación. Lo trata, en suma, como lo que es: alguien con quien vale la pena hablar. Para Gonzalo, que lleva veintidós años midiendo con exactitud la calidad de la atención que los otros le dan, eso no es poco. Es exactamente lo contrario de poco. Es, de hecho, casi todo.

Me pregunto qué va a pasar. Aunque ya presiento, con esa sensación que dan los cuadernos cuando cambian de temperatura antes de que ocurra

algo, que lo que viene no va a ser sencillo. No por culpa de nadie. Por algo más difícil que la culpa.

Abro el cuaderno once.

## **CAPÍTULO 11**

### **Lo que Gonzalo sentía**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Jueves por la tarde.*

Hoy Gabriela llegó a la sesión con algo distinto en la cara. No sabría describirlo con precisión clínica, o podría hacerlo pero sería impreciso de otra manera: hay expresiones que el vocabulario técnico atrapa mal porque son demasiado específicas de una persona para caber en una categoría general. Lo que traía Gabriela esta tarde era algo entre la expectativa y el miedo, como quien espera noticias que ha pedido pero que ahora que llegan no sabe si quería recibirlas.

Se sentó. Acomodó la bolsa. Me miró.

—¿Cuánto llevas leído? —dijo, sin preámbulo.

—Diez cuadernos y los ensayos.

—¿Y?

—Y voy a necesitar un poco más de tiempo antes de que hablemos de lo que hay ahí.

—¿Por qué?

—Porque todavía no terminé. Y porque algunas cosas necesitan llegar en orden.

Gabriela me miró un momento con esa expresión que tiene cuando evalúa si lo que le estoy diciendo es lo que le quiero decir o si hay algo debajo que no le estoy diciendo. Soy psicólogo y soy su sobrino y a veces esas dos cosas se estorban entre sí de maneras que ninguno de los dos podemos evitar del todo.

Luego asintió, una sola vez, y no volvió a sacar el tema en toda la sesión. Hablamos de otras cosas: de una vecina que tuvo un problema de salud, de un sobrino que se va a casar en agosto, de si debería pintar la cocina que lleva tres años sin pintarse. Hablamos de esas cosas con una normalidad que los dos sabíamos que era provisional, que era la sala de espera de la conversación que viene, y que sin embargo era también real porque Gabriela es de las personas que pueden hablar de la cocina y del duelo con la misma presencia, sin que ninguna de las dos conversaciones cancele a la otra. Es una habilidad que admiro y que a veces me resulta desconcertante en la misma medida.

Cuando se fue, saqué el cuaderno once.

---

El cuaderno once empieza en enero de 2007. Gonzalo tiene veintitrés años y la letra de este cuaderno es la más cuidada de todos los que llevo leídos, como si algo en él hubiera decidido ese año escribir con más deliberación, ocupar el papel con más intención. Las primeras páginas son sobre la tesis, que ya tiene tema definido: la percepción como acto moral en Merleau-Ponty. Hay notas, esquemas, preguntas abiertas. Y en la página dieciséis, sin transición, sin fecha separada del párrafo anterior, esto:

Hoy pasé cuatro horas con Clara.

No fue planeado. Nos encontramos en el jardín de la facultad cuando ella venía a entregar unos trabajos en la escuela de Diseño que está en el mismo edificio, y terminamos caminando por el centro de Xalapa y tomando café en un lugar que ella conocía y que yo no había visto nunca, un sitio pequeño en la calle Zamora con sillas de madera distintas entre sí y una gramola que nadie usaba en la esquina.

Hablamos de muchas cosas. Del trabajo de ella, que está terminando la carrera y que quiere dedicarse al diseño editorial. De la mía, que ya tiene forma aunque todavía no tiene conclusión. De los libros. De las ciudades que ninguno de los dos ha visitado todavía. De por qué la gramola nadie la usaba, sobre lo cual Clara tenía una teoría que involucraba la timidez colectiva y yo tenía otra que involucraba la falta de monedas del tamaño adecuado, y ninguno de los dos pudo probar la suya.

En algún momento de la tarde, mientras yo hablaba de algo que no recuerdo, Clara se inclinó levemente hacia adelante, apoyó los codos en la mesa y me miró de esa manera suya que es atención sin esfuerzo aparente. Y yo seguí hablando, que es algo que no siempre puedo hacer cuando alguien me mira así, cuando la mirada pesa demasiado y el canal se estrecha todavía más de lo habitual. Pero con Clara el canal no se estrecha. No sé por qué. Quizás porque ella no espera nada en particular al final de la oración, y eso hace que la oración llegue sola.

Caminamos de vuelta a la facultad cuando ya oscurecía. Antes de despedirnos, en la esquina de siempre, ella dijo:

—Me gusta hablar contigo, Gonzalo.

Le dije que a mí también.

—No, en serio —dijo—. No es lo que digo siempre.

No supe qué responder a eso. Le dije que nos veíamos pronto. Ella dijo que sí. Y se fue.

Llevo dos horas intentando escribir sobre lo que sentí en esa esquina y no encuentro las palabras exactas, que es una situación que me resulta familiar en otros contextos pero no en este. Voy a intentarlo de otra manera: lo que sentí fue que alguien me veía donde yo estaba parado. No donde debería estar. No donde ella esperaba encontrarme. Donde estaba.

No sé qué hacer con eso todavía.

---

Bajo el cuaderno.

Me gusta hablar contigo, Gonzalo. No, en serio. No es lo que digo siempre.

Estoy en el consultorio con la luz encendida porque ya oscureció sin que me diera cuenta y el silencio de este piso a esta hora es el silencio de una ciudad que no se calla del todo sino que baja el volumen. Pienso en Clara diciéndole eso a Gonzalo en una esquina de Xalapa, sin saber, probablemente, el peso que esas palabras iban a tener. Sin saber que Gonzalo llevaba veintitrés años esperando que alguien se lo dijera de esa manera: no como consuelo, no como generosidad hacia alguien que lo necesitaba, sino como constatación simple de algo que era verdad.

Sigo leyendo. Hay tres entradas más sobre Clara en este cuaderno, y en cada una el tono sube un grado, casi imperceptiblemente, como quien calienta algo con mucho cuidado para que no se queme.

---

Septiembre de 2007. Gonzalo tiene veintitrés años y están en una reunión en casa de Gabriela, a la que la señora Montes y Clara fueron invitadas.

Mi mamá organizó una comida. Estas comidas suyas tienen siempre la misma estructura: demasiada comida, demasiado ruido, conversaciones que van de un tema a otro sin terminar ninguno. Yo las tolero bien cuando estoy de humor y mal cuando no lo estoy, y hoy estaba más o menos en el medio.

Clara llegó tarde, con un libro bajo el brazo que no era para nadie en particular, o eso dijo. Se sentó a mi lado en la sala mientras las madres terminaban de organizar la mesa en el comedor, y sin ningún preámbulo abrió el libro y me leyó un párrafo en voz alta, como si fuera la cosa más natural continuar una conversación que no habíamos tenido.

—¿Qué te parece? —dijo.

—¿De qué es?

—De un tipo que escribe sobre el tiempo. Léelo tú.

Me pasó el libro. Lo leí. Era un ensayo sobre la memoria y sobre cómo el pasado no existe como tal sino como construcción permanente del presente, que es una idea que conozco bien desde la filosofía pero que este autor formulaba de una manera más cercana, menos académica, como si hubiera llegado a la misma conclusión por un camino distinto.

—Es bueno —dije.

—¿Verdad? —dijo, y en su voz había la satisfacción específica de quien comparte algo que le importa y encuentra que al otro también le importa.

Mi mamá nos llamó a comer. En la mesa, Clara estuvo en el otro extremo, hablando con las madres de cosas que yo no escuchaba del todo. Pero una vez, en mitad de la comida, levantó la vista y me miró desde el otro lado de la mesa con una expresión que no supe descifrar del todo, y que sin embargo guardé.

---

Cierro el cuaderno once.

Una expresión que no supo descifrar del todo, y que sin embargo guardó. Gonzalo guardó esa mirada en el cuaderno con la misma precisión con que guardó la descripción de la señora de la papelería que esperó, y la del doctor Arriaga que también esperó, y la de Mauricio que interrumpía para acompañar y no para suplantar. Gonzalo guarda lo que vale la pena guardar. Y lo que vale la pena, en su sistema, siempre tiene que ver con la misma cosa: la calidad de la presencia que alguien le ofrece.

Clara le ofrece esa presencia sin saber, probablemente, que es un regalo. Y eso, que debería ser suficiente, va a resultar que no lo es. Pero eso viene después.

Esta noche solo sé que Gonzalo tiene veintitrés años, que está enamorado sin haberlo escrito todavía con esa palabra, y que hay una expresión guardada en el cuaderno once que él no supo descifrar y que yo tampoco sé descifrar desde aquí, y que quizás eso es exactamente lo que tiene que ser. Hay miradas que no se descifran. Se guardan o se pierden. Gonzalo las guardó. Eso lo dice todo sobre quién era.

## **CAPÍTULO 12**

### **La mirada que duele**

*Ciudad de México. Apartamento de Adán. Viernes por la noche.*

No debí leer esto esta noche.

No porque sea insoportable, no porque Gonzalo escriba con amargura o con rabia, que no lo hace. Sino porque hay cosas que se leen mejor de día, con luz natural y café y la sensación de que el mundo sigue funcionando afuera. Este capítulo de los cuadernos lo leí de noche, solo, con la única luz del escritorio, y eso le añadió un peso que quizás ya tenía y quizás no, y ahora no puedo saber cuánto era del texto y cuánto era mío.

El cuaderno doce cubre de enero a diciembre de 2008. Gonzalo tiene veinticuatro años, está terminando la tesis, y Clara aparece en dieciséis de las ciento treinta páginas. Dieciséis. Las conté. En los cuadernos anteriores aparecía en cuatro o en cinco. El aumento no es casual y Gonzalo sabe que no es casual, lo cual hace que algunas entradas tengan esa tensión particular de quien escribe sobre algo que quisiera escribir diferente pero no puede porque el cuaderno es el único lugar donde no se miente.

---

La primera entrada de este cuaderno que me detiene es de marzo. Gonzalo acaba de entregar el primer borrador de la tesis al doctor Arriaga y describe la tarde de ese día.

Salí de la facultad a las cinco. Hacía un frío raro para Xalapa, de esos que duran un día y luego desaparecen sin explicación. Caminé hasta el parque

Juárez sin ningún plan particular y me senté en una banca a mirar a la gente, que es algo que hago cuando necesito estar entre personas sin tener que hablar con ninguna.

Clara pasó por ahí. No me había dicho que iba a estar en el parque, ni yo a ella. Se sentó a mi lado sin hacer de eso un acontecimiento.

—¿Qué haces? —dijo.

—Mirar.

—¿A quién?

—A todos. A nadie en particular.

Ella también miró un momento al frente. Luego dijo:

—Yo hago eso seguido. Mi mamá dice que es porque soy antisocial. Yo creo que es porque la gente es interesante cuando no sabe que la estás viendo.

—Como la mujer de Praga —dije.

—Como la mujer de Praga —repitió, y sonrió, y yo entendí que ella también la había guardado.

Estuvimos un rato en la banca sin hablar. No era un silencio incómodo: era el silencio de dos personas que no necesitan llenar el espacio entre ellas para que el espacio tenga valor. Eso es raro. Lo sé porque lo he comparado, en todos estos años, con casi todos los silencios que he tenido con otras personas, y casi siempre del otro lado hay alguien que no sabe qué hacer con el silencio y que lo llena de cualquier cosa antes de que pese demasiado.

Con Clara el silencio pesa bien.

Cuando se levantó a irse, me dijo que le había alegrado el día encontrarme.

—A mí también —le dije.

Y era verdad de una manera que ya no cabe del todo en esas tres palabras.

---

Me detengo.

Y era verdad de una manera que ya no cabe del todo en esas tres palabras. Gonzalo tiene veinticuatro años y ya sabe, con la precisión con que sabe todo, que lo que siente no cabe en los espacios que la situación le ofrece. No cabe en un a mí también dicho en un parque. No cabe en las conversaciones que tienen, que son buenas y reales pero que tienen un techo que él puede ver y Clara no. O que Clara puede ver y elige no nombrar, que sería peor pero que todavía no sé si es así.

Sigo.

---

Junio de 2008. Gonzalo describe una tarde en casa de la señora Montes a la que fue con Gabriela.

Hubo un momento, mientras nuestras madres hablaban en la cocina y nosotros estábamos en la sala, en que quise decirle algo a Clara. No sé exactamente qué. No tenía preparada ninguna declaración, ninguna frase construida de antemano. Era más sencillo y más difícil que eso: quería decirle que me importa. No como preámbulo de nada, no como apertura de una negociación. Solo eso. Que me importa. Que los martes en que no la veo son distintos a los que sí la veo, y no de manera pequeña.

Calculé el momento. Calculé las palabras. Calculé cuánto tiempo me tomaría decirlas y si ese tiempo iba a producir en ella la distancia que produce en algunas personas cuando tienen que esperar más de lo que esperaban.

Y entonces ella me miró.

No fue una mirada distinta a las que me ha dado otras veces. Fue la misma mirada tierna, cuidadosa, llena de algo que en ella llamo afecto porque no sé llamarlo de otra manera y porque llamarlo de otra manera me parecería una traición a lo que realmente es. Una mirada que decía, sin palabras y sin intención: te quiero mucho, Gonzalo.

No: te deseo.

No: me gustas.

No: eres alguien para quien yo podría ser lo que tú necesitas que alguien sea.

Solo: te quiero mucho.

Me quedé callado. Cambié de tema. Hablamos de otras cosas el resto de la tarde, cosas sin importancia y sin embargo agradables, porque con Clara casi todo es agradable y eso forma parte del problema, que el problema no tiene nada de horrible y eso lo hace más difícil de nombrar.

Esa noche escribí esto: no es que Clara me rechace. Es que Clara no me ve donde estoy parado.

Y no es su culpa. Eso también lo escribí, aunque me costó más.

---

Bajo el cuaderno.

No es que Clara me rechace. Es que Clara no me ve donde estoy parado.

Llevo un rato con esa frase y no termino de salir de ella. Es la frase más precisa que Gonzalo ha escrito en doce cuadernos, y es también la más dolorosa, y lo que la hace dolorosa no es la queja que contiene sino la ausencia de queja. Gonzalo no está acusando a Clara. Está describiendo una situación con la misma objetividad con que describió al profesor Garduño completándole las frases, y a la señora de la papelería que esperó, y a Arriaga que también esperó. Solo que esta vez la descripción no produce alivio. Produce exactamente lo contrario.

Clara lo quiere. Eso es real. Y ese querer genuino e irreductible es, de manera simultánea, lo mejor que Gonzalo tiene en su vida relacional fuera

de su madre y lo que le impide tener lo que quisiera tener. Porque el querer de Clara tiene una temperatura que no es la que él necesita, y Clara no puede cambiar esa temperatura aunque quisiera, y Gonzalo lo sabe, y saberlo no lo consuela.

Me levanto. Voy a la cocina. Bebo agua de pie junto a la ventana que da al patio interior del edificio, oscuro a esta hora, con solo la luz de dos apartamentos encendidos frente al mío. Pienso en Gonzalo de veinticuatro años cambiando de tema en la sala de la señora Montes. Pienso en lo que se guarda cuando se cambia de tema. En todo lo que cabe en un silencio que nadie llena porque nadie sabe que está ahí.

Vuelvo al escritorio. Hay una entrada más que leer esta noche, la última del cuaderno doce, escrita en diciembre.

---

Diciembre de 2008. Gonzalo termina el año y hace un balance que no llama balance.

Este fue un buen año en muchos sentidos. Terminé el borrador de la tesis. Leí cosas que valieron la pena. Tuve conversaciones que recordaré. Me reí varias veces en serio, que es el tipo de risa que no ocurre por compromiso sino porque algo genuinamente te sorprende desde adentro.

También fue un año en que aprendí algo sobre mí mismo que no es cómodo pero que es mejor saber que no saber: que puedo querer a alguien de una manera que esa persona no puede corresponder, y que eso no hace malo a ninguno de los dos. Solo nos hace distintos en un sentido que no tiene solución, y que la falta de solución no es un fracaso sino simplemente la forma que tomó esta historia en particular.

No escribo esto con tristeza. O no solo con tristeza. Lo escribo con la misma voluntad con que escribo todo aquí: para que exista en algún lugar con su forma real, sin que nadie lo suavice ni lo corrija ni lo complete antes de que termine.

Feliz año, cuaderno.

---

Feliz año, cuaderno.

Cierro el doce. Me quedo un momento con él en la mano antes de ponerlo sobre el escritorio. Gonzalo le desea feliz año al cuaderno. No a Clara, no a Gabriela, no a Mauricio ni a Arriaga ni a nadie que pueda recibirlo. Al cuaderno, que es el único destinatario que siempre estuvo ahí, que nunca completó una frase, que nunca puso cara de esfuerzo, que esperó siempre. Creo que entiendo, esta noche, por qué había dieciséis.

## **CAPÍTULO 13**

### **Un martes cualquiera**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Lunes por la mañana.*

Esta mañana cancelé la primera sesión del día. No por los cuadernos, o no directamente: cancelé porque el paciente avisó con veinte minutos de anticipación que no podía venir, y yo en lugar de aprovechar ese hueco para revisar expedientes o responder correos o hacer cualquiera de las cosas razonables que hacen los psicólogos con los huecos inesperados de su agenda, saqué el cuaderno trece y lo abrí en la primera página.

Llevo semanas con los cuadernos. Ya no los leo como leía los primeros, con esa mezcla de curiosidad profesional y afecto de primo que fue la temperatura de las primeras noches en Xalapa. Ahora los leo de otra manera que no sé nombrar del todo, como quien ha entrado en una conversación que no empezó y que tampoco va a terminar de la manera habitual porque uno de los interlocutores ya no está para responder. Es una sensación extraña para un psicólogo: estoy acostumbrado a ser yo quien escucha y quien, con ese escuchar, ofrece algo. Aquí escucho y no puedo ofrecer nada. Solo recibir.

Llevo semanas con los cuadernos. Ya no los leo como leía los primeros, con esa mezcla de curiosidad profesional y afecto de primo que fue la temperatura de las primeras noches en Xalapa. Ahora los leo de otra manera que no sé nombrar del todo, como quien ha entrado en una conversación que no empezó y que tampoco va a terminar de la manera habitual porque uno de los interlocutores ya no está para responder. Es una sensación extraña para un psicólogo: estoy acostumbrado a ser yo quien escucha y quien, con ese escuchar, ofrece algo de vuelta. Un reflejo, una pregunta, una reformulación que ayuda al otro a verse desde otro ángulo. Aquí escucho y no puedo ofrecer nada en absoluto. Solo recibir. Y recibir sin poder dar nada a cambio es, descubro, una forma de indefensión que no estaba en ninguno de mis libros de texto.

El cuaderno trece abarca de enero a octubre de 2009. Gonzalo tiene veinticinco años, acaba de entregar la tesis definitiva al doctor Arriaga, y está en ese período extraño que sigue a la conclusión de un trabajo largo: el vacío productivo, lo llaman algunos, ese espacio donde uno no sabe todavía qué viene después pero ya terminó lo que venía antes. La voz de este cuaderno es más relajada que la del doce. Menos tensa. Como si algo que llevaba presión hubiera encontrado por fin un lugar donde soltarse.

Y en ese contexto, en la página veintidós, Gonzalo escribe sobre un martes.

---

Hoy fue martes.

No el martes filosófico del cuaderno uno, aquel en que me preguntaba si el martes tiene conciencia de su propia mediocridad. Este fue un martes más simple: un martes que fue exactamente lo que fue sin pretender ser otra cosa ni necesitar que yo le encontrara significado.

Me levanté tarde porque podía. Desayuné solo porque mi mamá había salido temprano a no sé qué diligencia, lo cual fue agradable de una manera que no requiere explicación. Leí ciento veinte páginas de un libro que me pareció sobrevalorado, que es algo que me pasa seguido con los libros muy celebrados, aunque lo terminaré de todas formas porque soy de los que terminan los libros aunque no les gusten, por una especie de lealtad al esfuerzo inicial que sé que es irracional y que mantengo de todas formas.

A mediodía discutí con mi mamá por el volumen del televisor. Ella lo tiene demasiado alto, siempre lo ha tenido demasiado alto, y yo se lo digo con la misma frecuencia con que ella sube el volumen sin darse cuenta, que es una conversación que llevamos años teniendo y que ninguno de los dos espera resolver.

—Mamá, el volumen.

—¿Qué tiene?

—Que está muy alto.

—No está tan alto.

—Está alto.

—Es que si no, no escucho bien.

—Si quieres te busco audífonos.

—No necesito audífonos, necesito que me dejen ver mi programa en paz.

Bajé el volumen dos rayas. Ella lo subió una al rato, cuando creyó que yo no estaba poniendo atención. Quedamos en un punto de equilibrio que a ninguno de los dos nos satisface del todo y que a los dos nos parece suficiente, que es probablemente la definición más honesta de convivir con alguien.

Por la tarde escribí media página de un ensayo sobre la percepción del tiempo en estados de espera y la borré porque sonaba a alguien que está esperando algo sin admitirlo, y no quiero escribir desde ahí.

Comí solo otra vez. Hice la comida yo, que es algo que hago mejor de lo que mi mamá cree y peor de lo que yo creo, lo cual nos pone a los dos en un punto razonable respecto a mis habilidades culinarias.

Por la noche tuve una conversación larga con Mauricio por teléfono. Hablamos de la tesis, de lo que viene ahora, de un libro que los dos estamos leyendo aunque él ya va más adelante que yo. En algún momento Mauricio dijo algo que no recuerdo exactamente pero que era sobre la inutilidad de planear el futuro más allá de un margen razonable, y yo dije algo en respuesta que tampoco recuerdo, y nos reímos los dos de algo que tampoco recuerdo, y fue una de esas conversaciones que no se anotan en el resumen de ningún día pero que hacen que el día haya valido la pena.

Eso fue el martes. No pasó nada de particular importancia.

Pero ocurrió. Y eso, que debería ser lo mínimo, a veces parece lo máximo.

---

Bajo el cuaderno.

Pero ocurrió. Y eso, que debería ser lo mínimo, a veces parece lo máximo.

Estoy en mi consultorio un lunes por la mañana con un hueco de una hora en la agenda y el cuaderno trece sobre el escritorio, y lo que acabo de leer es un martes en que no pasó nada. Una discusión por el volumen del televisor. Ciento veinte páginas de un libro sobrevalorado. Media página borrada. Una conversación que no se anota en el resumen de ningún día.

Gonzalo tiene veinticinco años y escribe sobre un martes ordinario con la misma atención con que escribe sobre Wittgenstein o sobre Clara o sobre el doctor Arriaga. Sin jerarquía entre los temas. Sin la idea de que algunos días merecen ser escritos y otros no. Todo ocurre. Todo, por tanto, vale.

Llevo cuarenta y dos años siendo psicólogo, siendo primo, siendo hijo, siendo la persona que soy, y no sé si alguna vez he prestado atención a un martes ordinario de la misma manera en que Gonzalo lo hizo. Sospecho que no. Sospecho que yo clasifiqué mis días desde muy temprano en los que merecían recordarse y los que no, y que en esa clasificación perdí una cantidad considerable de martes que ocurrieron y que ya no están.

Gonzalo no perdió ninguno. O al menos no los que escribió. Y escribió muchos.

Sigo leyendo.

---

Tres semanas después, en el mismo cuaderno. Gonzalo describe una tarde en la facultad, en la última sesión del seminario anual del doctor Arriaga.

Al terminar, Arriaga me pidió que me quedara un momento. Los demás salieron y nos quedamos solos en el aula, él sentado en la mesa del frente y yo en una de las sillas del fondo, que es donde siempre me siento en su seminario.

—¿Qué planes tienes ahora que terminaste la tesis? —me preguntó.

Le dije lo que le he dicho a todos los que me preguntan eso: que quiero seguir escribiendo, que estoy pensando en enviar algunos ensayos a revistas, que tengo ideas para proyectos pero que ninguno está todavía en una forma presentable.

—¿Y enseñar? —dijo.

—Es complicado.

—¿Por qué es complicado?

Le expliqué. Él me escuchó hasta el final, como siempre.

—Hay otras maneras —dijo cuando terminé—. No todas requieren un salón y treinta alumnos mirándote.

—Ya lo sé. Estoy buscando cuáles.

—¿Y mientras buscas?

—Mientras busco, escribo.

Arriaga asintió. Luego dijo algo que no esperaba:

—Gonzalo, ¿puedo decirle algo que quizás no le toca escuchar de mí?

—Sí —dijo, con más curiosidad que aprensión.

—Usted es el estudiante más inteligente que he tenido en diez años de seminario. No lo más brillante, que es otra cosa. Lo más inteligente, en el sentido de que piensa con honestidad sobre lo que piensa, que es la habilidad más difícil de enseñar y la que menos se puede fingir. Lo que haga con eso depende de usted. Pero haga algo. No lo guarde.

No supe qué responder. Le dije que lo iba a intentar. Él dijo que bien.

Salí a la calle y caminé hacia la parada del camión pensando en no lo guarde. Pensando en los dieciséis cuadernos que llevo en casa que son, en cierta forma, todo lo contrario.

---

Cierro el cuaderno trece.

No lo guarde. Arriaga se lo dijo sin saber que Gonzalo llevaba nueve años guardando exactamente eso, en cuadernos de pasta dura que nadie iba a leer. Gonzalo lo guardó de todas formas. No por desobedecer sino porque no tenía otro lugar adonde llevarlo. El cuaderno era el canal que no fallaba. El único donde el contenido llegaba completo.

Ahora lo estoy leyendo yo. Con diez años de retraso. Y no sé si eso cuenta como no guardarlo, pero es lo que hay.

Siguiente paciente en cuarenta minutos. Guardo el cuaderno trece. Saco el catorce.

## **CAPÍTULO 14**

### **Lo que Gonzalo hizo**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Miércoles por la tarde.*

Gabriela llegó a la sesión con un sobre en la mano.

—Encontré esto —dijo, antes de sentarse, antes de saludar, con ese modo suyo de entrar directamente al asunto cuando el asunto lleva días esperando—. En la misma caja de los cuadernos. No lo vi la primera vez porque estaba metido entre dos carpetas.

Me pasó el sobre. Era un sobre de papel manila, tamaño oficio, sin nombre en el exterior. Adentro había una carpeta delgada con una nota manuscrita de Gonzalo en la portada: cosas que hice. Sin mayúsculas, como siempre.

Lo abrí con cuidado. Adentro había una lista mecanografiada, cuatro páginas, organizada sin encabezados, sin fechas, sin ningún orden que yo pudiera identificar de inmediato. Solo entradas, una tras otra, de longitud variable. Lo hojeé rápido para darme una idea del conjunto antes de leerlo con calma.

La miré. Miré a Gabriela.

—¿Lo leíste? —le pregunté.

—Las primeras dos páginas —dijo—. Luego lo cerré. Me pareció que debías leerlo tú primero.

—¿Por qué yo primero?

Se encogió de hombros de esa manera suya que no es indiferencia sino la forma que tiene de decir que no lo sabe pero que lo siente así y que le parece suficiente razón. Luego dijo, más despacio:

—Porque si hay algo que no debería leer yo todavía, tú vas a saberlo. Y si no hay nada de eso, igual me lo dices.

La miré. Ella me miró. Había en esa frase una confianza que me tomó por sorpresa, no porque Gabriela no confíe en mí, sino porque en diez meses de sesiones nunca me lo había dicho tan directamente.

—Está bien —le dije—. Lo leo y hablamos.

Hicimos la sesión. Hablamos de otras cosas, o lo intentamos, aunque los dos sabíamos que el sobre estaba sobre el escritorio y que eso hacía que todo lo demás sonara provisional. Cuando Gabriela se fue me quedé solo con las cuatro páginas y las leí de una vez, sin parar.

---

La lista de Gonzalo no tiene título. Empieza así:

Terminé una tesis sobre la percepción como acto moral en Merleau-Ponty que el doctor Arriaga calificó con diez, la nota que Sandoval nunca daba pero que Arriaga sí.

Leí, en total y hasta donde puedo contarlos, más de ochocientos libros. Algunos varias veces. Los que merecen releerse se saben solos.

Escribí doce ensayos. Cuatro fueron rechazados por revistas. Los otros ocho no llegaron a ningún lado por razones que no siempre entendí. Todos valieron la pena escribirlos.

Aprendí a cocinar cuatro cosas bien: arroz rojo, frijoles negros, sopa de lima y un pastel de chocolate que mi mamá dice que es el mejor que ha probado, lo cual puede ser verdad o puede ser que mi mamá exagera, y en cualquier caso es lo mismo.

Tuve conversaciones que importaron. Con Mauricio, con Arriaga, con Clara, con mi mamá en los momentos en que los dos conseguimos estar en el mismo lugar al mismo tiempo sin que ninguno completara las frases del otro. Esas conversaciones no se anotan en ningún currículum pero son lo que recuerdo con más claridad.

Viajé a Oaxaca solo, en autobús, con una mochila y sin itinerario. Me perdí dos veces. Encontré una librería de viejo en el centro histórico donde el dueño, un señor de unos setenta años, me habló durante cuarenta minutos sobre Rulfo sin preguntarme si quería escucharlo, lo cual en otras

circunstancias habría sido una imposición pero en ese contexto fue exactamente lo que necesitaba.

Di una clase. Una sola, y no en ninguna institución formal: fue en un taller de lectura que organizó Mauricio en su casa un sábado por la tarde, con siete personas que no me conocían y que al final de la tarde me preguntaron cuándo iba a ser la siguiente. No hubo siguiente. Pero hubo esa.

Me enamoré de alguien que no pudo corresponderme de la manera que yo necesitaba. No guardo rencor. Guardo la memoria de cuatro años de conversaciones que fueron buenas aunque no fueran lo que quería que fueran, lo cual no es poca cosa. Es, de hecho, bastante.

Tuve dolores que no vienen al caso detallar pero que ocurrieron y que superé de la manera en que se superan estas cosas: con tiempo, con trabajo, con la ayuda de algunas personas que estuvieron presentes de formas que no les pedí y que recuerdo con gratitud que nunca les expresé del todo.

Fui a ver a mi mamá todos los domingos durante dieciséis años, salvo cuando estuve enfermo o de viaje, que fueron pocas veces. A veces fue difícil. A veces fue la mejor parte de la semana. Siempre fue real.

---

Bajo las páginas.

Fui a ver a mi mamá todos los domingos durante dieciséis años. Salvo cuando estuve enfermo o de viaje.

Pienso en Gabriela. En todos los domingos. En la casa que huele a café y a tiempo detenido, en la mesa donde comieron juntos durante años con esa dificultad que tenían para entenderse del todo y con ese amor que tenían para seguir intentándolo de todas formas. Dieciséis años de domingos. Gabriela no lo sabe todavía, o lo sabe pero no con estas palabras, no con la precisión de este inventario.

Sigo.

---

La lista continúa en la segunda página y el tono cambia levemente: más concreto, más cotidiano, como si Gonzalo hubiera decidido en algún punto que lo pequeño merece tanto registro como lo grande.

Aprendí a usar un bastón en los años en que caminar se volvió más difícil, y lo usé sin drama y sin ocultarlo y sin convertirlo en un símbolo de nada que no fuera lo que era: una herramienta útil para ir de un lugar a otro con menos esfuerzo. Las herramientas útiles no necesitan disculpa.

Tuve un amigo que se llama Rodrigo Castillo, del que no sé nada hace años porque la vida separa a las personas sin mala intención y a veces sin remedio. Pero en la preparatoria, cuando los círculos de graduación y los viajes a Cancún hacían más visible que nunca lo que yo era distinto a los

demás, Rodrigo era el único que no hacía ese cálculo. Lo recuerdo y agradezco, aunque no se lo dije en su momento, que es uno de los errores pequeños que uno comete por creer que las cosas se dan por entendidas y que después no tienen corrección.

Aprendí que el fastidio también es una emoción legítima y que guardarlo todo en el cuaderno no es lo mismo que no tenerlo. Lo tuve. Lo escribí. Eso bastó la mayoría de las veces.

Me enojé muchas veces por cosas pequeñas y pocas veces por cosas grandes, que es la proporción invertida de lo ideal pero que es honesta. Me enojé con el volumen del televisor de mi mamá, con conductores de camión que arrancaban antes de que yo terminara de subir, con personas que me tuteaban sin conocerme y con personas que me hablaban de usted con un énfasis que era en realidad condescendencia disfrazada de cortesía. El enojo pasó. Lo escribí aquí y pasó.

Me reí de cosas que no merecían risa y de cosas que la merecían del todo. No llevo el conteo pero la proporción me parece razonable.

Existí. Eso es lo principal.

---

Existí. Eso es lo principal.

Esa es la última línea de la lista de Gonzalo. Cuatro palabras al final de cuatro páginas. No un cierre grandioso, no una declaración de principios: una constatación simple que dice exactamente lo que dice y nada más.

Me quedo un rato con las páginas en la mano antes de volver a meterlas en la carpeta y la carpeta en el sobre. Pienso en la sesión del miércoles que viene, cuando le voy a mostrar esto a Gabriela. No toda la lista, quizás, no de una vez. Pero esta parte sí: los domingos. Los dieciséis años de domingos. Eso ella lo merece saber con las palabras de Gonzalo, no con las mías.

Pienso también en lo que significa hacer un inventario de la propia vida sin que nadie te lo pida. Sin que sea para un currículum ni para una necrológica ni para ningún otro destinatario visible. Solo para que exista escrito, con su forma real, en algún lugar que no sea únicamente la memoria, que se borra.

Gonzalo hizo ese inventario en algún momento entre los veinte y los treinta y cuatro años y lo metió en un sobre sin nombre entre dos carpetas de una caja que tardó catorce meses en abrirse. Y en ese inventario no hay ninguna queja sobre lo que no pudo ser, ningún lamento sobre las revistas que rechazaron y las clases que no pudo dar en un salón de treinta alumnos y las cosas que guardó cuando debería haberlas dicho en voz alta. Solo lo que fue. Solo lo que hizo. Solo lo que ocurrió, y que por tanto existe y ya nadie puede quitarle.

Existí. Eso es lo principal.

Tiene razón. Y yo, que llevo cuarenta y dos años existiendo con bastante menos atención a ese hecho de la que Gonzalo le dedicó al suyo, no estoy del todo seguro de poder decir lo mismo.

## **CAPÍTULO 15**

### **La incomodidad de ser subestimado**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Jueves por la tarde.*

Hoy tuve una sesión difícil antes de sacar los cuadernos.

No con Gabriela, que viene los miércoles. Con otra paciente, una mujer de cuarenta años que lleva tres meses trayendo a consulta la misma situación desde ángulos distintos: su hermano adulto con una condición neurológica que la familia maneja con una mezcla de sobreprotección y condescendencia que él rechaza en silencio y que ella no sabe cómo traducirle a los demás. Es un caso que conozco bien desde la teoría y que cada semana me cuesta más escuchar con la distancia que exige la técnica, porque los cuadernos de Gonzalo han hecho que la teoría suene diferente. Más delgada. Más insuficiente. Como un mapa muy bien dibujado de un territorio que en realidad tiene otra forma.

Cuando la paciente se fue me quedé sentado un momento sin hacer nada, que es algo que no hago casi nunca entre sesiones. Luego saqué el cuaderno catorce, que es donde Gonzalo tiene veintinueve años y donde el tono ha adquirido algo que en los primeros cuadernos no estaba: una conciencia más explícita de la acumulación. Como si hubiera llegado a una edad en que ya tiene suficiente historia propia para poder mirarla desde cierta distancia y decir: esto es lo que ha sido esto. No con amargura ni con resignación. Con la precisión de quien ha aprendido a medir.

---

La entrada que abre este cuaderno es de febrero de 2013. Gonzalo escribe sobre una consulta médica.

Fui con mi mamá al cardiólogo, que no era para mí sino para ella, pero que requería que alguien la acompañara y ese alguien fui yo. El doctor es un hombre de unos sesenta años, competente según su reputación, con esa seguridad de los médicos que llevan mucho tiempo siendo médicos y que a veces se convierte en una forma de no escuchar del todo porque ya saben lo que van a escuchar antes de que el paciente hable.

Mientras mi mamá describía sus síntomas, el doctor tomaba notas y asentía. En algún momento mi mamá dijo algo que no entendí bien y el doctor la miró a ella y luego me miró a mí, con esa fracción de segundo de recalibración que conozco bien, y dijo:

—¿Y él la acompaña siempre?

Mi mamá dijo que sí, que soy su hijo.

—Ah —dijo el doctor. Y siguió con las notas.

No me habló en toda la consulta. No me preguntó nada. No me incluyó en ninguna parte de la conversación, a pesar de que yo era el acompañante y de que había preguntas sobre el historial familiar que yo podría haber respondido. Mi mamá respondió todo, mirándome a mí a veces como buscando confirmación, y yo asentía o negaba con la cabeza como si fuera un recurso de apoyo en lugar de una persona.

Al salir, mi mamá dijo que el doctor le había parecido muy bueno.

—Sí —dije.

—¿Te molestó algo?

—No.

—Te vi la cara.

—Estoy bien, mamá.

Ella no insistió. Caminamos hasta el estacionamiento en silencio. Yo llevaba ese silencio particular de los días en que algo ocurre que no merece la energía de una indignación completa pero que tampoco deja de notarse, y que uno deposita en el cuaderno esa noche porque si no se queda dando vueltas en un lugar que no le hace bien a nadie.

Lo que quiero decir es esto: no necesito que el doctor me hable. No necesito que me haga preguntas si no tiene nada que preguntarme. Lo que me molesta es el ah. El mismo ah de la maestra Ortega en la junta de graduación, años antes, en otro contexto. El ah que es un ajuste, una reclasificación rápida, una decisión tomada en medio segundo sobre qué tipo de persona tengo enfrente y qué tipo de atención merece. El ah que no es crueldad ni mala intención: es simplemente la conclusión de un proceso de categorización que ocurrió tan rápido que ni siquiera quien lo hizo sabe que lo hizo.

Ese ah me cansa. Llevo treinta años cansándome de él y sospecho que me voy a cansar otros treinta si me toca.

Pero también escribo esto: hoy en la tarde, de regreso a casa, mi mamá me dijo que estaba contenta de que la hubiera acompañado. No lo dijo de manera especial. Lo dijo como se dicen las cosas ciertas: sin énfasis, de paso, mirando por la ventana del coche. Y eso bastó para que el ah del doctor se volviera menos importante de lo que parecía en el consultorio.

Eso también es verdad. Las dos cosas son verdad al mismo tiempo, que es una habilidad que uno aprende con los años o no aprende nunca.

---

Bajo el cuaderno.

El ah. Gonzalo lleva tres páginas describiendo el ah de ese cardiólogo y al final lo deja donde tiene que quedar: reducido, aunque no borrado, por la frase de su madre en el coche. Esa estructura —el golpe seguido de la compensación que no cancela el golpe pero que lo pone en proporción— es la que Gonzalo usa en los cuadernos cada vez que describe una de estas

situaciones. No resuelve. No concluye. Pone en proporción. Es la diferencia entre una persona que ha aprendido a vivir con algo y una persona que no ha terminado de aceptarlo, y Gonzalo es claramente lo primero, aunque lo segundo también asoma a veces entre líneas como asoma siempre lo que no se ha resuelto del todo.

Me quedo con esa frase suya: las dos cosas son verdad al mismo tiempo, que es una habilidad que uno aprende con los años o no aprende nunca. Yo creo que la aprendí. Pero leer a Gonzalo me hace pensar que quizás la aprendí de una manera teórica, cognitiva, y que lo que él describe es algo más encarnado, más físico, más real en el sentido de que no requiere esfuerzo para sostenerse porque ya es simplemente cómo ve el mundo.

Sigo.

---

Cuatro meses después, junio de 2013. Gonzalo está en una reunión académica organizada por exalumnos de la facultad, a la que asistió con Mauricio.

Mauricio me presentó a tres personas que no conocía. Las tres reaccionaron de manera diferente, lo cual siempre me parece instructivo como pequeño experimento involuntario de conducta humana.

La primera, una mujer que se llama Patricia y que da clases en la Ibero, me miró a los ojos desde el principio y me habló con la misma velocidad con que le habla a Mauricio, que es rápida, y esperó mis respuestas con una paciencia que no parecía paciencia sino simplemente atención normal. Hablamos de filosofía del lenguaje. Fue una buena conversación.

El segundo, un hombre que trabaja en una editorial de la Ciudad de México, hizo el ajuste. No el ah en voz alta sino el ajuste interno que se nota en los ojos: una fracción de segundo de recalibración y luego una voz levemente más lenta, levemente más alta, levemente más simple. Le respondí a velocidad normal y con vocabulario normal y lo vi recalibrarse de nuevo, esta vez hacia arriba, lo cual siempre me produce una sensación ambigua: alivio de que me vea como soy, irritación de que haya necesitado corrección para llegar ahí.

El tercero, un estudiante de posgrado que parecía tener unos veinticinco años, no me habló directamente en toda la reunión. Le habló a Mauricio sobre mí, en mi presencia, con preguntas del tipo ¿y él a qué se dedica? que Mauricio respondía mirándome a mí, como invitándome a responder yo, lo cual el estudiante no terminaba de entender porque sus preguntas seguían dirigidas a Mauricio.

Al terminar la reunión, Mauricio y yo caminamos hacia el metro.

—El estudiante ese —dije.

—Ya sé —dijo Mauricio.

—No hace falta que digas nada más.

—Ya sé —repitió, y nos reímos los dos de una manera que no era alegre exactamente pero que era real, que a estas alturas es lo que importa.

---

Cierro el cuaderno catorce.

Tres personas, tres reacciones distintas frente al mismo Gonzalo. Patricia que no ajusta. El editor que ajusta y se corrige. El estudiante que no llega a ajustarse porque ni siquiera ve a quién tiene enfrente.

Y Mauricio que dice ya sé dos veces y con eso basta.

Pienso en cuántas veces en mi vida profesional he sido Patricia, cuántas he sido el editor y cuántas, sin saberlo, he sido el estudiante que le habla a Mauricio sobre Gonzalo en presencia de Gonzalo. No tengo respuesta honesta para esa pregunta porque implicaría recordar con más detalle del que tengo conversaciones en las que no presté suficiente atención, y esa es la ironía completa: no sé cuántas veces fui el estudiante precisamente porque cuando se es el estudiante no se nota.

Guardo el cuaderno. Mañana es viernes y tengo pacientes desde las nueve. Esta noche necesito descansar.

Pongo el cuaderno quince sobre el escritorio para el sábado.

## **CAPÍTULO 16**

### **La última entrada**

*Ciudad de México. Apartamento de Adán. Sábado por la mañana.*

Abrí el cuaderno quince el sábado por la mañana con café y sin prisa, que es como debería leerse siempre la penúltima parte de algo, aunque uno no sepa todavía que es la penúltima. Gonzalo tiene treinta y un años en enero de 2015, que es donde empieza este cuaderno, y la letra de estas páginas es distinta a todas las anteriores: más pequeña, más concentrada, con una densidad por página que no había visto desde los cuadernos universitarios. Como si el espacio del papel hubiera vuelto a volverse escaso, o como si lo que había que decir hubiera vuelto a ser mucho.

Lo leí despacio. Tardé tres días en terminarlo, lo cual no es usual en mí: los cuadernos anteriores los leí en una o dos sentadas. Este lo interrumpí dos veces, no porque el contenido fuera insoportable sino porque necesitaba procesar en intervalos, necesitaba salir a caminar o simplemente estar sentado frente a la ventana sin leer nada antes de volver a abrirlo. Gonzalo escribe en el quince con la voz de alguien que ya no tiene que demostrar nada, ni a sí mismo ni a nadie, y esa voz tiene una calma que por momentos pesa de una manera que no es tristeza sino algo más parecido a la densidad del tiempo pasado, a la sensación de que detrás de cada página hay años de algo que ocurrió y que ya no está pero que tampoco desapareció del todo.

El cuaderno quince termina en diciembre de 2022. Gonzalo tiene treinta y ocho años. Escribe sobre la Navidad con Gabriela, sobre un libro que leyó esa semana, sobre una idea para un ensayo que quiere escribir en enero. La última entrada es del veintiséis de diciembre y termina con una oración que no es un cierre: es simplemente donde se detuvo ese día.

Luego hay un salto. El cuaderno dieciséis empieza en enero de 2023.

---

Lo tomé con cuidado, como si la pasta dura pudiera romperse, que no puede pero que el gesto me pareció el correcto. Gonzalo tiene treinta y cuatro años cuando empieza este cuaderno y treinta y cinco cuando muere, en noviembre. Son diez meses de escritura. Las páginas son menos que en los anteriores, no porque escribiera menos sino porque la letra de este cuaderno es más grande de nuevo, más parecida a la del primero, como si algo en el cuerpo hubiera retrocedido o simplemente cambiado de nuevo.

Leí el cuaderno dieciséis en una sola tarde, sentado en el suelo del apartamento con la espalda en el sofá, en la misma postura en que leí el primero en el cuarto de Gonzalo en Xalapa. No fue una decisión consciente. Fue lo que ocurrió.

---

Las entradas del cuaderno dieciséis son diferentes a las de todos los anteriores en un sentido que tardé en identificar y que cuando identifiqué me dejó quieto un momento: son más generosas. No en el sentido de que Gonzalo escriba sobre más cosas o con más extensión. Generosas en el sentido de que la mirada se ha vuelto más amplia, menos enfocada en el propio interior y más vuelta hacia afuera, hacia las personas y los días y las cosas pequeñas que ocurren alrededor. Como si a los treinta y cuatro años Gonzalo hubiera encontrado una forma de estar en el mundo que requería menos defensa y más apertura.

Escribe sobre una tarde de marzo en que su madre y él vieron una película que a ninguno de los dos les gustó del todo y sin embargo la vieron hasta el final porque ninguno quiso ser el primero en decirlo.

Escribe sobre una conversación con Mauricio en que hablaron durante dos horas sobre si el pesimismo filosófico es una postura intelectual o un temperamento, y Gonzalo tomó el lado del temperamento y Mauricio el de la postura, y al final ninguno convenció al otro pero los dos terminaron con mejores argumentos propios, que es el mejor resultado posible de una discusión.

Escribe sobre una tarde de lluvia en Xalapa en que no salió de casa y leyó ciento cuarenta páginas de un libro que esta vez sí le pareció bueno, y sobre el placer específico de la lluvia vista desde adentro cuando no hay ninguna obligación de salir.

Y escribe, en mayo, sobre Clara.

---

Vi a Clara hoy. Hacía más de un año que no la veía. Vino a visitar a su mamá y su mamá vino a visitar a la mía y así fue.

Está bien. Lo digo sin el peso que esa frase habría tenido hace diez años: está bien y eso me alegra sin complicaciones. Hablamos una hora mientras las madres hacían lo suyo en la cocina. Le conté de los ensayos, de los proyectos que tengo en mente. Ella me contó de su trabajo, de un viaje que hizo a Colombia en febrero, de una exposición fotográfica que está organizando para el otoño.

En algún momento me dijo:

—Te veo bien, Gonzalo.

—Estoy bien —le dije.

—No, en serio. Te veo diferente. Más... no sé cómo decirlo. Más tú.

Pensé en cómo responder a eso. Luego dije:

—Creo que fui aprendiendo a no esperar que las cosas fueran distintas de lo que son.

—Eso suena a resignación —dijo.

—No lo es. Es lo contrario.

Me miró un momento. Luego asintió, despacio, con esa manera suya de asentir que significa que está procesando, no que está de acuerdo todavía. Y no dijo más, que es la respuesta más generosa que alguien puede dar cuando uno dice algo que todavía está encontrando su forma.

Nos despedimos en la puerta. Me dio un abrazo que fue el abrazo de dos personas que se conocen bien y que se quieren de la manera en que se pueden querer dado lo que son el uno para el otro. No más. No menos.

Fui a mi cuarto y estuve un rato en silencio. Luego abrí este cuaderno y escribí esto. No porque haya algo urgente que procesar. Sino porque es lo que hago.

---

Bajo el cuaderno dieciséis.

Es lo que hago. Gonzalo tiene treinta y cuatro años y llevar un diario ya no es un recurso, ya no es el canal alternativo cuando el canal principal falla, ya no es el lugar donde depositar lo que no tiene otro lugar donde ir. Es simplemente lo que hace. Una práctica que se volvió parte de su manera de estar en el mundo, como caminar o leer o hablar con Mauricio.

Eso me parece, esta tarde, algo muy cercano a la paz. No la paz como ausencia de conflicto: la paz como manera de habitar lo que es sin exigirle que sea otra cosa. Gonzalo llegó ahí. No sé exactamente cuándo ni cómo, pero llegó.

Y ahora viene lo que no quiero leer. Y lo voy a leer de todas formas porque es lo que hay.

---

La última entrada del cuaderno dieciséis es del lunes trece de noviembre de 2023. Gonzalo escribe sobre el clima: que amaneció nublado en Xalapa pero que a mediodía salió el sol de ese modo veracruzano que no avisa. Escribe sobre algo que leyó esa mañana, un artículo sobre filosofía de la biología que le parece interesante aunque discutible. Y escribe el principio de una idea para un ensayo: La percepción del límite como condición de la libertad: notas para un argumento. Hay tres oraciones desarrolladas y luego una cuarta que empieza: Sin embargo, el límite no es solamente—

La oración no termina.

No hay más páginas.

Gonzalo Huesca Tamariz murió el martes catorce de noviembre de 2023, a las tres de la tarde, en la intersección de Enríquez y Úrsulo Galván, en Xalapa, cuando un vehículo pasó el semáforo en rojo a una velocidad que no correspondía ni al lugar ni al momento. Tenía treinta y cinco años. No terminó de escribir lo que estaba pensando.

Me quedo con el cuaderno cerrado entre las manos un tiempo que no mido. Afuera el sábado sigue siendo sábado, con su ruido normal de ciudad, con sus camiones y sus pájaros y sus conversaciones que llegan desde la calle sin forma definida. Todo sigue. Eso es lo que tiene la muerte cuando ocurre lejos: que todo sigue y eso es a la vez un alivio y algo que se parece mucho a la injusticia, aunque no lo sea del todo, porque la injusticia tiene un responsable y aquí el responsable es el tiempo y el azar y una velocidad que no correspondía, y ninguno de los tres tiene cara ni dirección postal.

Sin embargo, el límite no es solamente—

No sé lo que iba a decir. Nunca lo voy a saber. Y esa oración incompleta, esas seis palabras y un guión que apunta hacia ningún lugar, es lo que me quedo mirando esta tarde durante mucho tiempo después de que el café se enfría y el sábado empieza a volverse tarde y la luz de la ventana cambia de color sin que yo haya movido nada.

## **CAPÍTULO 17**

### **El vacío**

*Ciudad de México. Apartamento de Adán. Sábado por la noche y los días que siguieron.*

Los dieciséis cuadernos están sobre la mesa del comedor. Los puse ahí cuando terminé de leer el último, en orden, del primero al dieciséis, como una hilera de algo que todavía no sé cómo llamar. No son un archivo ni una biblioteca ni un expediente. Son algo que no tiene nombre porque no estaba previsto que existiera de esta manera: escritos para nadie durante diecinueve años, leídos por alguien con meses de retraso y para siempre demasiado tarde para decirle al que los escribió que valieron la pena.

Me senté frente a ellos un rato sin abrirlos. Ya no hay nada nuevo que leer. O sí hay, podría releer, y probablemente lo voy a hacer porque hay páginas

que merecen más de una lectura y que en una primera vuelta uno no puede ver del todo porque está ocupado en llegar al final. El cuaderno dos, por ejemplo, con esa primera irrupción de la voz de Gonzalo, ese martes en que no pasó nada y sin embargo está todo. El cuaderno doce con la tarde en el parque Juárez y el silencio que pesa bien. El dieciséis con la oración incompleta. Esas páginas las voy a volver a leer algún día, no como tarea sino porque querrán ser leídas de nuevo, y lo sé de la misma manera en que Gonzalo sabía que ciertos libros merecen releerse.

Pero esta noche no. Esta noche los miré como se miran las cosas que ya terminaron: con esa mezcla particular de alivio y de pérdida que produce el final de cualquier cosa que valió la pena, y que no es tristeza exactamente aunque se le parezca en algunos de sus síntomas.

No lloré mientras leía, o no del todo. Hubo momentos en que algo en el pecho hizo una presión que no supe nombrar y que resolví de la manera en que resuelvo las cosas que no sé cómo nombrar: siguiendo. Ahora, sentado frente a los cuadernos en el silencio del apartamento, con la ciudad haciendo afuera su ruido de siempre, algo se suelta de una manera diferente. Sin testigos. Un poco. Lo suficiente para que sea real.

Gonzalo tenía treinta y cinco años. Leyó más de ochocientos libros. Escribió doce ensayos que nadie publicó. Fue a ver a su madre todos los domingos durante dieciséis años. Se enamoró de alguien que no pudo verlo donde estaba parado. Aprendió que el silencio pesa bien cuando la persona correcta está sentada a tu lado. Dio una sola clase, un sábado por la tarde en casa de Mauricio, y al final le preguntaron cuándo iba a ser la siguiente. Escribió una oración que no terminó.

Existió. Eso es lo principal.

Se preguntó cuántos Gonzalos hay. Cuántas personas viven con esa misma claridad interior y esa misma dificultad para que la claridad llegue afuera sin distorsionarse, sin que el canal altere el mensaje hasta volverlo irreconocible. No tengo respuesta para esa pregunta. Pero la pregunta ya no me suena teórica.

---

Los días que siguieron al sábado fueron días normales en el sentido de que ocurrieron con su estructura habitual: pacientes, sesiones, notas, el miércoles de Gabriela. Pero tuvieron una textura diferente a la de las semanas anteriores, como si la piel de las cosas cotidianas se hubiera vuelto más delgada y dejara pasar más luz, o más peso, no sé cuál de los dos porque a veces son la misma cosa desde ángulos distintos.

Atendí a cuatro pacientes el lunes. El martes a cinco. Con cada uno estuve más presente que de costumbre, no por decisión sino por inercia: los cuadernos de Gonzalo me habían calibrado de otra manera y esa calibración todavía no terminaba de asentarse. Escuché de manera diferente. Esperé más antes de responder. Interrumpí menos. No completé

ninguna frase que no fuera mía. Cuando un paciente tardaba en formular algo, esperé. No llené el silencio. No lo interpreté antes de que terminara.

Uno de mis pacientes del martes, un hombre de cuarenta y ocho años que viene hace un año con una dificultad para expresar lo que siente en situaciones familiares, se detuvo a mitad de una oración y me miró.

—Usted no me interrumpió —dijo.

—No.

—Normalmente...

—Hoy no —dije.

Asintió, despacio, con una expresión que no era exactamente sorpresa sino algo más cercano al reconocimiento. La sesión fue mejor que de costumbre. No sé si él lo notó. Yo sí.

El miércoles llegó Gabriela.

Se sentó. Me miró. Esperó, que es algo que Gabriela no hace con frecuencia pero que esta vez hizo, como si supiera que había algo que decir y que era mío decirlo primero. Una habilidad nueva, o quizás antigua y recién visible.

—Terminé —le dije.

—¿Los cuadernos?

—Todos. Los dieciséis y los ensayos y la lista.

Silencio. Gabriela bajó la vista hacia la bolsa en su regazo, la abrió, la cerró sin sacar nada. El pañuelo que normalmente aparece en este punto de las sesiones difíciles no apareció todavía. Como si esta vez quisiera recibir lo que fuera sin preparativos.

—¿Y? —dijo al fin.

—Y Gonzalo era exactamente quien fue. No más, no menos. No un mártir, no un caso clínico, no una historia triste. Una persona completa que vivió con sus martes ordinarios y sus discusiones por el volumen del televisor y sus conversaciones que valieron la pena y su amor que no pudo ser lo que quería que fuera. Una persona que pensaba con más claridad que la mayoría de los que le rodeaban y que no siempre tuvo los canales para que esa claridad llegara a los demás. Que lo intentó de todas formas, que escribió para que existiera en algún lugar aunque nadie lo leyera, y que siguió yendo los domingos.

Gabriela no dijo nada. Sus ojos estaban húmedos pero no lloraba, o no todavía.

—¿Era feliz? —dijo, la misma pregunta de siempre.

—Era él —le dije—. Pero ahora puedo decirte algo más: en los últimos cuadernos hay una calma que no estaba en los primeros. No sé si eso es felicidad. Creo que es algo más real que la felicidad: es alguien que encontró su forma de estar en el mundo sin pedirle que fuera distinto.

Gabriela asintió despacio. Una lágrima. Solo una, que no limpió de inmediato, como si necesitara dejarla estar un momento antes de recogerla.

—¿Cometí muchos errores con él? —dijo.

La pregunta más difícil. La que lleva meses esperando esta conversación exacta.

—Cometiste los errores del amor que no sabe cómo esperar —le dije—. Y él lo sabía. Y no te lo reprochó nunca, en ninguno de los dieciséis cuadernos. Lo describió. Lo entendió. Y siguió yendo los domingos. Todos los domingos, durante dieciséis años.

Gabriela cerró los ojos un momento. Los abrió. Aspiró despacio.

—¿Puedo leerlos? —dijo.

—Cuando quieras. Juntos, si prefieres. Hay cosas que conviene leer con alguien al lado.

—¿Cuándo empezamos?

—La semana que viene, si quieres.

Asintió. No dijo más. El resto de la sesión transcurrió en un silencio que no era vacío sino lleno de algo que todavía no tenía nombre pero que ya no era solamente duelo. Era otra cosa. Algo que se parece al principio de entender, que es diferente al entendimiento completo pero que es el único camino hacia él.

---

Esa noche, de vuelta en el apartamento, saqué el cuaderno de trabajo donde anoto observaciones sobre mis pacientes y mis casos, ese cuaderno de pasta negra que compro siempre del mismo tipo porque la consistencia en los objetos de trabajo me da una sensación de continuidad que no tiene ninguna explicación racional pero que existe de todas formas, y en la última página en blanco escribí una sola frase sin atribuírsela a nadie, aunque sabía de quién era:

Lo que estaba incompleto no era él. Era la forma en que fue visto.

La miré un momento. No la expliqué, no la expandí, no le puse contexto clínico ni académico. La dejé ahí sola, como la dejó Gonzalo en sus ensayos cuando quería que algo existiera con su forma real sin que nadie la completara antes de tiempo.

Luego cerré el cuaderno.

Afuera la Ciudad de México hacía su ruido de siempre. Los dieciséis cuadernos de Gonzalo seguían sobre la mesa del comedor, en hilera, del primero al dieciséis. Los iba a llevar al consultorio al día siguiente, a un estante que quedaba a la altura de los ojos, donde pudiera verlos sin buscarlos. No al fondo del librero, no en una caja, no guardados: visibles.

No como caso clínico. Como recordatorio.

De qué, exactamente, todavía lo estaba aprendiendo. Pero eso también estaba bien. Algunas cosas se aprenden en el proceso de recordarlas, y no antes.

## **CAPÍTULO 18**

### **La sesión del miércoles**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Miércoles por la tarde, tres semanas después.*

Gabriela llegó con un cuaderno en la bolsa.

No los cuadernos de Gonzalo, que siguen en el librero del consultorio, en el estante a la altura de los ojos donde los puse la semana que terminé de leerlos, en hilera del primero al dieciséis como una hilera de algo que ya no es un secreto porque alguien los leyó pero que tampoco es público porque ese alguien soy solo yo, hasta ahora. Era un cuaderno suyo, de pasta verde claro, nuevo, sin usar todavía. Lo puso sobre la rodilla cuando se sentó, con las dos manos encima, como si necesitara tenerlo ahí sin abrirlo todavía.

—¿Empezaste a escribir? —le dije.

—Todavía no. Lo compré el jueves. Lo tengo en la mesita de noche. Cada noche lo miro y pienso que mañana.

—¿Y mañana?

—Y mañana vuelvo a mirarlo.

—¿Qué quieres escribir?

Pensó antes de responder. No de la manera en que la gente piensa cuando no sabe qué decir sino de la manera en que piensa cuando sabe qué decir pero está eligiendo cómo. Es una diferencia que aprendí a distinguir hace años y que en Gabriela siempre ha sido fácil de ver porque cuando no sabe qué decir lo llena todo con palabras y cuando sabe qué decir se queda quieta.

—Cosas que recuerdo de Gonzalo —dijo al fin—. Cosas que nunca le dije. Cosas que no supe decirle cuando podía y que ahora ya no tienen destinatario pero que de todas formas necesitan existir en algún lugar.

Me quedé en silencio un momento. Luego le dije:

—Gonzalo hizo exactamente eso durante diecinueve años.

Gabriela me miró. Asintió una sola vez, despacio, con una expresión que no era de revelación sino de reconocimiento: como si lo hubiera sabido de alguna manera y solo ahora encontrara la forma de admitirlo sin que le costara demasiado.

—¿Empezamos a leer hoy? —dijo.

—Si quieres.

—Quiero.

Fui al librero. Tomé el cuaderno uno, el de pasta verde oscuro con la etiqueta en la portada: Cuaderno 1. Marzo 1999 — Agosto 2000. Lo puse sobre el escritorio entre los dos, abierto en la primera página. Gabriela se inclinó levemente hacia adelante.

—¿Lo leo yo o lo lees tú? —dijo.

—Como quieras.

Lo tomó. Lo leyó ella. En silencio, primero, con los labios moviéndose apenas, como cuando se lee algo que se quiere asegurar de que existe. Luego en voz alta, desde el principio, con esa voz suya que en el consultorio tiene una temperatura distinta a la de Xalapa, más contenida, más deliberada.

Leyó la primera entrada. La del martes que solo es. La del profesor Garduño que completó la frase. Cuando llegó a la parte del silencio que necesito para procesar se detuvo y no dijo nada por un momento y luego siguió leyendo, y yo no interrumpí porque no había nada que decir que no lo dijera el cuaderno mejor que yo.

Cuando terminó la primera entrada bajó el cuaderno sobre sus rodillas.

—No sabía que pensaba así —dijo.

—¿De qué manera pensaba?

—Así. Con esta... —buscó la palabra—. Con esta claridad tan quieta. Como si no necesitara que nadie le diera la razón.

—No la necesitaba.

—No —dijo Gabriela, y en ese no había algo que no era solo acuerdo sino también algo más parecido al dolor específico de entender algo demasiado tarde para poder actuar en consecuencia—. No la necesitaba.

Siguió leyendo. Llegó a la entrada de la papelería, la de la señora que esperó y le dijo buenas tardes y nada más. Cuando terminó levantó la vista.

—¿Era tan difícil eso? —dijo, y no lo decía como reproche sino como pregunta genuina, la de alguien que quiere entender una escala que no conoció desde adentro.

—Para él no era difícil que la señora esperara —le dije—. Era raro. La mayoría no esperaba.

Gabriela asintió. Bajó la vista al cuaderno.

—Yo no esperaba —dijo, sin dramatismo, con la misma quietud que Gonzalo usaba para decir las cosas que costaban.

—No siempre —le dije—. Pero también hay otras entradas. Las que vienen después.

—Lo sé. —Una pausa—. Por eso quiero seguir leyendo.

---

Esa tarde leyeron cuarenta páginas del cuaderno uno. No todas seguidas: paraban, hablaban, volvían. A veces Gabriela hacía preguntas que Adán

respondía cuando tenía respuesta y dejaba en el aire cuando no la tenía, que era más frecuente de lo que habría admitido hace dos meses. A veces era Gabriela la que dejaba las preguntas en el aire, no porque no quisiera responderlas sino porque las preguntas que plantean los cuadernos de Gonzalo no siempre tienen respuesta fuera de ellos mismos.

Hubo un momento, cuando llegaron a la entrada sobre las calificaciones y el pozole y el Gonzalo que quiso explicarle a su madre la diferencia entre celebrar el resultado y celebrar el proceso, en que Gabriela paró de leer. Se quedó con el cuaderno abierto en el regazo, mirando la página sin leerla.

—Lo hice muchas veces —dijo—. Celebrar que pudo sin preguntar qué había pensado.

—Sí —dijo Adán.

—No se me ocurría preguntar lo otro. Estaba tan aliviada de que hubiera podido que lo otro no llegaba.

—Eso está en el cuaderno también. Él lo entendía.

—Entenderlo no lo hace mejor.

—No. Pero es diferente a no entenderlo.

Gabriela asintió. Siguió leyendo.

Cuando Gabriela se fue, Adán se quedó sentado en el consultorio con el cuaderno uno sobre el escritorio, abierto todavía en la última página que habían leído. La letra de Gonzalo a los dieciséis años, grande e irregular y completamente legible. La letra de alguien que aprendió a escribir con un cuerpo que ponía obstáculos y que de todas formas escribió durante diecinueve años sin que nadie se lo pidiera ni lo supiera.

Pensó en la sesión. En Gabriela leyendo en voz alta con los labios moviéndose primero, asegurándose de que las palabras eran reales. En él no la necesitaba dicho sin drama, como una constatación, que es la forma más difícil de decir algo que duele porque no tiene la protección de la indignación ni la distancia de la resignación: es solo lo que es.

Pensó también en algo que llevaba días pensando sin nombrar: que atender a Gabriela ahora era diferente a como era antes de los cuadernos. Antes la escuchaba con la distancia técnica que la situación requería, y esa distancia era genuina, no fingida, pero era también una forma de protección que ahora ya no funcionaba de la misma manera. Los cuadernos habían hecho que Gabriela y Gonzalo fueran personas completas para él, no solo un caso y su contexto familiar, y eso hacía el trabajo más difícil y mejor al mismo tiempo. Más difícil porque duele más. Mejor porque es más real. No sabía si eso era un problema técnico que debería resolver o simplemente lo que ocurre cuando uno hace bien su trabajo durante suficiente tiempo y los límites entre entender y sentir se vuelven más porosos de lo que los libros de texto recomiendan.

En cualquier caso ya no podía deshacerlo. Y tampoco quería.

---

Al final de la sesión, antes de irse, Gabriela había dicho algo que Adán todavía estaba procesando.

—¿Tú crees que él sabía que alguien iba a leerlos algún día? —había dicho, con el cuaderno uno ya cerrado sobre sus rodillas.

Adán había pensado en la conversación de Gonzalo con Mauricio. En la fe como argumento cuando el argumento no alcanza. En si vale la pena escribirlo, eventualmente alguien lo va a leer.

—Creo que lo esperaba —dijo—. Sin saber quién ni cuándo. Pero lo esperaba.

Gabriela había mirado el cuaderno un momento más.

—Aquí estoy —había dicho, en voz baja, como si le hablara a él directamente. Y luego lo había puesto sobre el escritorio y había recogido su bolsa y se había ido.

Aquí estoy.

Adán cerró el cuaderno uno. Lo volvió al estante del librero, en su lugar entre el dos y la pared. Apagó la lámpara del escritorio. Se quedó un momento en el consultorio oscurecido, con solo la luz que entraba de la calle, y pensó que había algunas conversaciones que llegan demasiado tarde para quien las necesitaba y que de todas formas ocurren, y que ocurrir demasiado tarde es mejor que no ocurrir, aunque no lo parezca siempre. Pensó también en el cuaderno verde claro de Gabriela, en la mesita de noche de la casa de Xalapa, esperando que ella lo abriera. Gonzalo había esperado que alguien leyera los suyos. Gabriela esperaba poder escribir el suyo. Y el cuaderno esperaba a Gabriela con la misma paciencia con que la señora de la papelería esperó a Gonzalo: sin cara de esfuerzo, sin hacer nada especial. Solo esperando.

No siempre. Pero casi siempre.

## **CAPÍTULO 19**

### **Lo que Esperanza encuentra**

*Ciudad de México y Xalapa. Miércoles por la tarde, cinco semanas después.*

Gabriela no faltó a ninguna sesión desde que empezaron a leer juntos. Llegaba puntual, con el cuaderno verde claro en la bolsa, todavía en blanco, que siguió llevando semana tras semana como si su presencia fuera una promesa que no estaba lista todavía para cumplir pero que tampoco quería dejar en casa. A veces Adán la miraba llegar con ese cuaderno y pensaba en Gonzalo comprando el primero de los suyos en la papelería de la calle Enríquez, sin saber todavía que iba a llenar dieciséis, sin saber que llenarlos era exactamente lo que necesitaba hacer, que el cuaderno no era un lujo ni un capricho sino el único canal que funcionaba sin distorsión.

Leyeron despacio. Un cuaderno por sesión, a veces menos. Paraban donde había que parar, hablaban lo que había que hablar, y Adán aprendió en esas semanas una variante de la escucha que no estaba en ninguno de sus libros de texto: la escucha de alguien que ya leyó lo que otro está leyendo por primera vez, y que tiene que encontrar la manera de acompañar ese primer contacto sin contaminar con lo que ya sabe lo que el otro todavía está descubriendo. Es más difícil de lo que parece. Requiere una forma específica de silencio, activo y deliberado, que se parece mucho a lo que Gonzalo llamaba esperar sin adelantarse.

Llegaron al cuaderno cinco. El de la universidad. El de la madre que llama a la facultad a preguntar por él sin decírselo. El de las frases que Gonzalo busca durante la cena y que cuando encuentra ya están hablando de otra cosa.

Gabriela leyó esas páginas en silencio esta vez, no en voz alta, con los labios quietos. Cuando terminó el fragmento de la cena puso el cuaderno sobre el escritorio y se quedó mirando sus propias manos.

—Yo hacía eso —dijo.

—Ya sé.

—No una vez. Muchas veces.

—Ya sé.

—¿Y él lo entendía?

—Lo entendía y lo escribía y seguía cenando contigo. Eso está en el cuaderno también.

Gabriela no respondió de inmediato. Luego dijo, en voz baja, con esa calma de quien ha llegado a algo después de mucho tiempo caminando:

—No le pude dar lo que necesitaba.

—Le diste lo que pudiste. Que no era lo mismo, pero fue real.

—¿Es suficiente eso?

La pregunta más difícil de todas las difíciles. Adán tomó un momento.

—Para Gonzalo era lo que había —dijo—. No lo convirtió en otra cosa. No dijo que era suficiente ni que no lo era. Lo llamó como era: su mamá, que lo quería mucho y que no siempre sabía esperar. Y siguió yendo los domingos.

Gabriela cerró los ojos. Los abrió. Asintió, muy despacio, con un movimiento que no era acuerdo sino algo más parecido a la rendición, pero del tipo que libera en lugar de derrotar.

Siguieron leyendo.

---

Dos semanas después llegaron al cuaderno cinco, a la entrada de la tarde en que Gonzalo tomó el café aunque no tenía ganas de café porque el gesto de su madre era tan nítidamente amoroso que rechazarlo habría sido lastimar algo que no merecía ser lastimado.

Gabriela leyó esa entrada ella sola, en silencio, con el cuaderno sobre las rodillas y Adán sin decir nada desde el otro lado del escritorio. Cuando terminó no bajó el cuaderno de inmediato. Lo sostuvo un momento más, como si necesitara asegurarse de que la página no iba a cambiar si la miraba un poco más.

Luego lo bajó. Baja el papel. No llora, o casi no.

—Ese día —dijo—. Ese día específico me acuerdo. Le llevé el café porque lo vi parado ahí y me pareció que estaba cansado, y quise hacer algo. —Una pausa—. No le pregunté si quería.

—No —dijo Adán.

—Y él lo bebió.

—Y lo bebió.

—Porque no quería lastimarme.

—Eso dice el cuaderno.

Gabriela asintió, muy despacio. No lloraba. Tenía los ojos húmedos con esa humedad específica de quien está sosteniendo algo con mucho cuidado para que no se rompa.

—Era más generoso que yo —dijo.

—Era diferente —dijo Adán—. La generosidad de él y la tuya tenían formas distintas. Las dos eran reales.

Gabriela lo miró.

—¿Lo crees de verdad o lo dices para que me sienta mejor?

—Lo creo de verdad. Si lo dijera para que te sintieras mejor no te estaría ayudando y los dos lo sabríamos.

Gabriela consideró eso un momento. Luego, casi para sí:

—Está bien.

No más. Solo está bien, dicho de esa manera de Gabriela que cuando no tiene adornos es cuando más pesa.

Siguieron leyendo.

---

Tres semanas después de esa sesión, un sábado por la mañana, Gabriela llamó desde Xalapa.

—Leí algo anoche —dijo, sin saludar, con esa manera suya de entrar directo cuando algo no puede esperar.

—¿Del cuaderno?

—Del cuaderno siete. Me lo llevé a casa esta semana, ¿recuerdas? Lo de Wittgenstein y los límites del lenguaje dentro de la propia boca.

—Lo recuerdo.

—Lo leí tres veces. —Una pausa—. ¿Tú crees que él sufría?

—¿Por no poder enseñar?

—Por todo. Por no poder decir lo que pensaba de la manera en que lo pensaba. Por hablar con esfuerzo toda su vida y que eso fuera lo primero que la gente veía de él.

Adán tomó un momento antes de responder. Afuera, en la calle Álvaro Obregón, un niño pasaba en bicicleta con los brazos abiertos.

—Creo que había cosas que le costaban más que a otros —dijo—. Y creo que algunas de esas cosas le dolieron de maneras que nunca terminaron de resolverse. Pero también creo que no era eso lo que más le preocupaba. Lo que más le preocupaba era que los demás lo redujeran a eso.

Silencio.

—¿Y yo lo reducía? —dijo Gabriela.

—A veces. Sin querer. Es lo que dice el cuaderno.

—¿Y él me lo perdonó?

—Gonzalo no usa esa palabra en ninguno de los dieciséis cuadernos —dijo Adán—. No habla de perdonar. Habla de entender. Y entender, para él, era más importante.

Gabriela tardó un momento.

—Yo necesito la otra —dijo.

—¿El perdón?

—Sí.

—Eso no está en los cuadernos. Eso tienes que dártelo tú.

Silencio largo. Adán esperó.

—¿Cómo se hace eso? —dijo Gabriela al fin, con una voz que era más pequeña que la de costumbre, la voz de alguien que ha llegado al centro de algo y descubre que no tiene las instrucciones para lo que viene ahora.

—Empiezas por abrir el cuaderno verde —dijo Adán.

Gabriela no respondió de inmediato. Luego: un sonido que podía ser una risa o podía ser otra cosa, breve, real.

—Esta noche —dijo.

—Bien.

Colgaron.

---

Adán se quedó con el teléfono en la mano mirando la calle. El niño de la bicicleta ya no estaba. La mañana seguía siendo sábado con su ruido normal y sus obligaciones ninguna.

Pensó en la conversación. En él no usa esa palabra en ninguno de los dieciséis cuadernos, que era verdad, y en lo que eso decía sobre Gonzalo: que el marco que usaba para ordenar sus experiencias no incluía el perdón

como categoría central porque el perdón implica una deuda y Gonzalo no vivía su relación con su madre como una deuda sino como una situación, compleja y real y a veces difícil, pero sin responsable moral único. Eso también era un tipo de generosidad, quizás el más difícil de todos: el de no cobrar lo que hubiera tenido derecho a cobrar. El de describir en lugar de acusar. El de entender en lugar de condenar.

Pensó también en el cuaderno verde. En si Gabriela lo abriría esa noche o si lo volvería a dejar en la mesita y a mirarlo y a pensar que mañana. No lo sabía. No era su decisión. Lo que sí sabía era que Gabriela había llegado, después de quince meses de sesiones y cinco semanas de leer a Gonzalo en voz alta, a un lugar diferente al que tenía cuando entró por primera vez al consultorio. No resuelto, no cerrado, no liberado de la culpa de una vez y para siempre, porque eso no ocurre así, eso Adán lo sabía mejor que nadie. Pero diferente. Más honesto. Más cercano a algo que no tenía nombre todavía pero que se parecía a la posibilidad de seguir sin que seguir significara olvidar, sino exactamente lo contrario: seguir porque se recuerda mejor.

Eso era suficiente. Era, de hecho, bastante.

Guardó el teléfono. Fue a la cocina a hacer más café. Afuera el sábado seguía siendo sábado, con todo lo que eso implica y nada más, y en ese nada más había una plenitud que no necesitaba justificación.

## **CAPÍTULO 20**

### **Clara, eventualmente**

*Xalapa, Veracruz. Un domingo por la tarde.*

Gabriela llamó un martes para decirme que Clara quería leer los cuadernos.

No toda la noticia llegó junta. Llegó en partes, como llegan las cosas que Gabriela no sabe bien cómo presentar: primero que había visto a la señora Montes en el mercado, luego que la señora Montes le había preguntado cómo iba con lo de los cuadernos de Gonzalo porque su hija le había contado que existían, luego que Clara había llamado directamente a Gabriela esa misma tarde para preguntarle si podía leer lo que Gonzalo había escrito sobre ella.

—¿Sobre ella en particular? —dije.

—Eso dijo. Lo que escribió sobre ella.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Que te preguntaba. —Una pausa—. ¿Qué le digo?

Me quedé pensando. No en si dejarla leer o no, porque esa no era mi decisión ni la de Gabriela. Los cuadernos eran de Gonzalo, y Gonzalo no dejó instrucciones, y en ausencia de instrucciones lo que queda es el juicio de quienes lo conocieron y el sentido que uno tiene de lo que habría querido. Pensé en las entradas sobre Clara. En la manera en que Gonzalo la

describía, con esa economía que reservaba para lo que más importaba. En la frase del cuaderno once, Gonzalo a los veintitrés años en el café de la calle Zamora: y era verdad de una manera que ya no cabe del todo en esas tres palabras. En él no es que Clara me rechace, es que Clara no me ve donde estoy parado. No había rencor en ninguna de esas páginas. Había algo más difícil que el rencor: la constatación exacta de algo que no tenía solución.

—Dile que sí —le dije—. Pero que la acompañes tú.

—¿Por qué yo?

—Porque hay cosas que no se deberían leer solas.

---

El domingo siguiente fui a Xalapa. No tenía que ir, Gabriela podía manejar eso sola, pero quería estar. No como psicólogo, no como guardián de los cuadernos: como el primo de Gonzalo que había leído lo que Gonzalo escribió sobre Clara y que quería estar presente cuando Clara lo leyera, sin ninguna razón que pudiera formular con precisión pero con la certeza de que era lo correcto.

Clara llegó a las cuatro. Era la primera vez que la veía en persona. La conocía de los cuadernos, de las descripciones de Gonzalo, de esa economía descriptiva suya que reservaba para lo que más importaba: alta, pelo oscuro, una forma de reírse que ocupa toda la cara. Era exactamente eso y también otra cosa, que es lo que ocurre siempre cuando uno conoce a alguien que ya conocía de otra manera: hay una superposición entre la imagen construida y la persona real que tarda un momento en resolverse y que cuando se resuelve deja siempre algo que la imagen no tenía.

Gabriela las presentó. Clara me dio la mano con esa firmeza discreta que tienen las personas que no necesitan compensar nada con el apretón. Me miró con esa atención que Gonzalo había descrito tantas veces, esa calidad de presencia que no requiere esfuerzo aparente porque es simplemente su manera de estar en el mundo: mirando donde hay que mirar, escuchando hasta el final.

—Gracias por venir —le dije.

—Gracias por dejarme leer —dijo.

Gabriela preparó café. Nadie lo pidió pero ella lo hizo, que es su manera de manejar las situaciones que no sabe cómo manejar: movimiento, actividad, algo caliente en las manos de todos. Lo agradecemos los dos en silencio.

Le di a Clara los cuadernos que la mencionaban. No los dieciséis, que habrían sido demasiado y que en su mayoría no tenían que ver con ella directamente. Le di el diez, el once y el doce, que son donde Clara aparece con peso real, donde Gonzalo escribe sobre las tardes en la librería y el café de la calle Zamora y el parque Juárez y la sala de la señora Montes y la mirada que no supo descifrar del todo y que sin embargo guardó.

—¿Los leo aquí? —dijo Clara.

—Si quieres.

—¿Prefieren que los lea sola?

Gabriela y yo nos miramos.

—Como quieras —dije.

Clara asintió. Tomó los tres cuadernos y se fue a la sala. Gabriela y yo nos quedamos en el comedor con el café. Afuera el jardín de la casa con su luz de tarde, los pájaros que hacen su ruido de domingo, el tiempo de Xalapa moviéndose a su velocidad particular.

No hablamos mucho. Gabriela preguntó si quería más café. Le dije que sí. Me lo sirvió. Eso fue todo.

---

Clara tardó cuarenta minutos. Cuando salió de la sala traía los tres cuadernos bajo el brazo y una expresión que yo no sabía cómo leer todavía, no porque fuera opaca sino porque era demasiado específica para las categorías que tengo, demasiado suya.

Se sentó a la mesa. Puso los cuadernos frente a ella. No los devolvió de inmediato, los dejó ahí como si todavía necesitara tenerlos cerca.

—¿Cuándo escribió esto? —dijo, señalando el cuaderno doce.

—Entre 2007 y 2008 —dije—. Tenía entre veintitrés y veinticuatro años.

Clara asintió, mirando la pasta del cuaderno.

—No sabía —dijo.

—Ya sé.

—No es que no quisiera saber. Es que no... —Se detuvo. Buscó las palabras con esa calma suya que Gonzalo había descrito tan bien—. Es que no me lo dijo. Y yo tampoco pregunté.

—No tenías por qué saber que había algo que preguntar —dije.

Clara levantó la vista.

—¿Eso me absuelve?

La pregunta era honesta, sin trampa, sin el tono de quien busca que le digan que sí. Era la pregunta de alguien que genuinamente no sabe la respuesta y que quiere una real.

—No absuelve ni condena —dije—. Es lo que fue. Gonzalo lo sabía. Lo escribió sin rencor.

—Lo leí —dijo—. Sin rencor, sí. —Una pausa—. Pero también con dolor.

—Sí.

—Y yo fui parte de ese dolor.

—Sin quererlo.

—Sin quererlo —repitió, y esas dos palabras no sonaron como alivio sino como el peso exacto que tenían: la constatación de que no haber querido hacer daño no significa que no se hizo.

Gabriela, que había estado en silencio desde que Clara salió de la sala, dijo entonces:

—Él te quería mucho. Eso también está en los cuadernos.

Clara la miró.

—Lo sé —dijo, con una voz que era más pequeña—. Y yo a él. Solo que no de la manera que él necesitaba.

—No —dijo Gabriela.

Silencio. El jardín afuera. Los pájaros.

—¿Puedo llevarme estos tres? —dijo Clara—. Unos días. Para leerlos de nuevo.

Gabriela miró a Adán. Adán asintió.

—Cuídalos —dijo Gabriela.

—Los cuido —dijo Clara.

Se fue poco después. La acompañé hasta la puerta. Antes de salir se detuvo y me miró.

—¿Hay más? —dijo—. ¿Más páginas sobre mí en los otros cuadernos?

—Algunas.

—¿Puedo leerlas también, eventualmente?

Pensé en el cuaderno dieciséis. En la entrada de mayo de 2023, cuando Gonzalo la vio después de más de un año y le dijo que había aprendido a no esperar que las cosas fueran distintas de lo que son, y ella le dijo que eso no sonaba a resignación y él le dijo que era lo contrario. Pensé en que Clara merecía leer eso. No como cierre ni como consuelo sino como lo que era: la última vez que se vieron, escrita por él, con su forma real.

—Eventualmente —le dije.

Clara asintió. Salió.

---

Me quedé en la puerta un momento viendo alejarse su coche por la calle empedrada. El sol de Xalapa a esa hora tiene un ángulo particular, casi horizontal, que hace que todo lo que toca parezca más nítido de lo que es durante el día, más definido en sus bordes. Las casas, los árboles, la calle empedrada, el coche de Clara haciéndose pequeño y luego desapareciendo en la esquina. Todo muy quieto y muy real.

Volví adentro. Gabriela estaba recogiendo las tazas del café.

—¿Estuvo bien? —dijo, sin voltearse.

—Estuvo como tenía que estar —dije.

—¿Que es cómo?

—Sin que nadie saliera mejor ni peor de lo que entró. Solo con más.

Gabriela asintió, de espaldas, con ese movimiento suyo que desde atrás parece acuerdo y de frente sería otra cosa más difícil de nombrar, algo entre el alivio y el peso, que en Gabriela con frecuencia son lo mismo.

—¿Tú crees que Gonzalo hubiera querido que ella leyera esto? —dijo.

La pregunta que llevaba días ahí, esperando.

—Creo que Gonzalo escribió estos cuadernos como quien escribe cartas que no sabe si van a llegar —dijo—. Y creo que cuando alguien hace eso, en alguna parte de sí mismo, espera que lleguen. No sabe cuándo. No sabe a quién. Pero escribe con esa fe que Mauricio llamó fe y no argumento, y que Gonzalo dijo que a veces es más útil que el argumento.

Gabriela terminó de recoger las tazas. Las llevó al fregadero. Abrió el grifo.

—Llegaron —dijo, con el agua corriendo.

Sí. Llegaron. Con dieciséis cuadernos, doce ensayos, una lista de cosas hechas y una oración incompleta. Con todo lo que Gonzalo fue y todo lo que no pudo decir en voz alta y todo lo que escribió para que existiera en algún lugar aunque nadie lo leyera. Llegaron. Y el hecho de que llegaron tarde no los hace menos reales ni menos suyos ni menos necesarios.

Solo los hace lo que son: cartas que por fin encontraron a sus destinatarios, cuando los destinatarios ya sabían esperar.

## **EPÍLOGO**

*Ciudad de México. Consultorio de Adán. Martes por la tarde, tres meses después.*

La familia llegó puntual.

El padre primero, que abrió la puerta con esa manera de los hombres que no están acostumbrados a pedir ayuda: el cuerpo ligeramente rígido, la mirada que evalúa el espacio antes de entrar, la cortesía que funciona como escudo y que uno aprende a reconocer después de años de verla.

La madre detrás, con una bolsa grande en el brazo y una expresión de quien lleva semanas cargando algo que pesa más de lo que pensaba que iba a pesar cuando empezó a cargarlo. Y al final, con su propio ritmo, sin que nadie lo apurara porque yo había dicho en la llamada inicial que no había prisa, el hijo.

Se llama Emilio. Tiene diecinueve años. Estudia primer año de Diseño en la Universidad Iberoamericana. Tiene parálisis cerebral infantil de origen perinatal, marcha inestable, habla con dificultad. Lleva diecinueve años siendo el centro de una dinámica familiar que se organiza alrededor de lo que él no puede hacer, o de lo que sus padres creen que no puede hacer, que no es exactamente lo mismo pero que en la práctica produce

resultados suficientemente parecidos para que la diferencia no se note desde afuera.

Lo supe todo eso antes de que llegaran, de la llamada inicial con el padre, que habló durante veinte minutos sobre Emilio sin preguntarle a Emilio si quería que lo representara en esa llamada.

Tomé notas. Escuché. No interrumpí. Preparé la sesión de la manera en que preparo todas las sesiones ahora: con la estructura técnica que veinte años de práctica me han dado y que esta vez tenía también otra cosa debajo, algo que los libros de texto no pusieron ahí y que tampoco podría haber puesto yo solo.

Se sentaron. El padre y la madre en el sofá, juntos, con ese espacio entre ellos que no es distancia sino la postura de dos personas que llevan mucho tiempo enfrentando lo mismo desde el mismo lado. Emilio en la silla individual frente a mí, que es la que yo señalé primero, antes de que sus padres pudieran organizarlo de otra manera. Emilio se sentó sin comentarlo, con esa economía de quien sabe cuándo las decisiones ya están tomadas.

—Emilio —dije—. ¿Puedes contarme por qué están aquí hoy?

El padre se movió levemente, ese movimiento casi imperceptible de quien está a punto de intervenir. Lo detuve con una mirada breve, sin drama, del tipo que no necesita explicación porque la situación lo explica sola.

Emilio me miró. Tomó el tiempo que necesitó. No llené ese tiempo con nada. No completé ninguna frase. No miré el reloj. No hice nada de lo que los cuadernos de Gonzalo me habían enseñado, durante diecinueve años de escritura trabajosa, que no se debería hacer.

—Mis papás creen que necesito ayuda —dijo, con esa voz suya que costaba pero que llegaba, que tenía su ritmo propio y que quien esperara al final de ese ritmo iba a recibir algo que valía la pena—. Yo creo que los que necesitan ayuda son ellos.

El padre abrió la boca. Yo levanté una mano, muy despacio.

—¿Por qué crees eso? —le dije a Emilio.

Y Emilio habló. Tomó su tiempo, como siempre, y nadie le completó ninguna frase, y lo que dijo fue lo que tenía que decir y llegó completo al otro lado. Como siempre llega todo cuando alguien espera a que termine.

---

La sesión duró una hora y cuarto. Al terminar, cuando la familia salió, me quedé solo en el consultorio con la sensación habitual del final del día y algo más, algo que no tenía nombre preciso pero que reconocí como lo que era: la diferencia entre hacer bien el trabajo y hacerlo bien por las razones correctas. No siempre son la misma cosa. Esta tarde lo eran, y esa coincidencia tiene un peso específico que uno aprende a reconocer con los años porque no ocurre tan seguido como uno querría.

Me levanté. Fui al librero. Tomé el cuaderno uno de Gonzalo, el de pasta verde oscuro, el primero de los dieciséis. Lo sostuve un momento con las dos manos, como la primera noche en Xalapa, con la diferencia de que ahora ya sabía lo que había adentro y eso no lo hacía menos necesario tenerlo en la mano. Al contrario: sabiendo lo que había adentro, sostenerlo era otra cosa. Era un gesto que no tenía nombre en ningún manual pero que era el correcto.

Lo volví a poner en su lugar. Entre el dos y la pared, a la altura de los ojos.

Apagué la lámpara del escritorio. Me puse el saco. Fui hacia la puerta.

Me detuve.

Volví al escritorio. Abrí el cajón de arriba, el que tiene el cuaderno de trabajo donde anoto observaciones sobre los casos. Lo abrí en la página donde había escrito, semanas atrás, la frase que no era mía pero que tampoco era solo de Gonzalo porque ya era de los dos:

Lo que estaba incompleto no era él. Era la forma en que fue visto.

La leí una vez más. Luego, debajo, con la misma pluma, escribí algo que no había planeado escribir y que sin embargo estaba ahí, esperando desde el principio del cuaderno catorce o desde la primera noche en Xalapa o desde mucho antes, desde todos los martes que no presté suficiente atención:

Aprender a ver requiere aprender a esperar.

Cerré el cuaderno. Lo guardé en el cajón.

Salí al pasillo. La Ciudad de México a esta hora, un martes a las seis de la tarde, con su ruido particular de fin de jornada: sus coches y sus camiones y sus personas caminando hacia donde tienen que ir con esa mezcla de urgencia y de hábito que produce la ciudad cuando termina el día de trabajo y empieza la noche. Me quedé un momento en la entrada del edificio mirando ese movimiento antes de unirme a él.

Pensé en Gonzalo. En los dieciséis cuadernos alineados en el estante a la altura de los ojos. En la oración que no terminó y que sigue apuntando hacia ningún lado desde la última página del cuaderno dieciséis con esa terquedad de las cosas que quedaron vivas. En el feliz año escrito para el cuaderno que era el único que siempre esperó.

En Gabriela que por fin abrió el suyo verde claro y me llamó para contármelo un lunes por la mañana con una voz que no era la voz de los miércoles sino algo más pequeño y más real, la voz de alguien que por fin empezó. En Clara que llevó los tres cuadernos a su casa y los devolvió dos semanas después con una nota escrita a mano que decía solo gracias, sin más, sin explicación, que es la forma que tienen algunas gracias de ser completas porque no necesitan que nadie las amplíe.

Pensé en Emilio, que tiene diecinueve años y estudia Diseño y habló durante cuarenta minutos esta tarde sin que nadie le completara ninguna frase. Que al final de la sesión, cuando sus padres ya esperaban en el pasillo, me preguntó si podía volver solo la próxima vez, con esa voz suya

que costaba y que llegaba, que tenía su propio tiempo y que yo aprendí esta tarde a respetar. Le dije que sí.

Él asintió, sin más, con la eficiencia de alguien que ya sabía la respuesta y solo necesitaba confirmarla. Hay miradas que uno guarda. La de Emilio al salir por la puerta, esa mirada que era paciente y observadora y ligeramente irónica, era una que yo conocía.

La había visto antes, en una foto de un cuarto de Xalapa, en un pasillo universitario, en el jardín de una casa donde alguien sonreía con amplitud mientras el otro miraba a la cámara como a un interlocutor al que todavía no había decidido si confiarle algo.

Me adentré en la ciudad. Caminé sin prisa por Álvaro Obregón con la luz última del martes encima, esa luz que en la Ciudad de México tiene un color que no es exactamente dorado ni exactamente naranja sino algo intermedio, específico de esta ciudad y de esta hora, que dura poco y que cuando se va no avisa. Caminé entre la gente que caminaba hacia sus propios lugares, cada uno con su ritmo, y no sentí la urgencia de ir más rápido.

La luz del martes se fue sin avisar, como siempre.

Pero mientras duró, duró bien.

**—FIN**